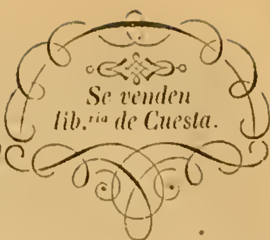






JUAN PALOMO,

O LA EXPIACION DE UN BANDIDO.

Segunda parte

DE LOS SIETE NIÑOS DE ECIJA.

Drama en cinco actos y en verso, por D. LUIS MEJIAS Y ESCASSY, *representado por primera vez con extraordinario éxito, en el teatro del Balon de Cádiz, el dia* 24 *de Junio de* 1865.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA FRANCISCA	Doña Cristina Cortés y Avilés.
MAGDALENA	Doña Pastora Osuna.
QUITERIA	Doña Josefa Cruz.
CASILDA	Doña María Galan.
JUAN PALOMO	D. José María Caballero.
ENGRUDO	D. José Villegas.
EL CIERVO	D. Gaspar Ramos.
D. PEDRO DE ARIAS	D. Sebastian Bechio.
TIO CURRO EL PELON	D. José Barrocal.
EL TIO CARACOLES	D. Antonio Lopez.
ANSELMO	D. Joaquin Regauson.
BANDIDO 1.°	D. Joaquin Aragon.
ID. 2.°	D. N. N.
UN MÉDICO	D. Francisco Guerrero.
UN MAYORAL	D. N. N.
EL JABALI	D. José Santander.
DIEGO (*niño de diez años.*)	
UN COCHERO	*no hablan.*
UN LACAYO	

Pasajeros, bandidos y labriegos.

ACTO PRIMERO.

Las Ventas de Cárdenas.

Interior de las Ventas de Cárdenas, á la embocadura de Sierra Morena. Ajuar pobrísimo de mesa y sillas; un velon ardiendo sobre la primera, y junto á la misma dos escopetas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

El PELON *y* ANSELMO.

ANS. Con que esta noche?..
PEL. Esta noche
pasará una diligencia
y es preciso hacer negocio.
ANS. Y yo tambien?..
PEL. Tú en la venta
esperando el resultado
de lo que ocurra, te quedas.
Si es caso que la fortuna
á algun pasajero alberga
en este meson, tú, Anselmo,
tenlo aquí hasta que yo vuelva.
ANS. Está bien.
PEL. A preparar
vamos pues las escopetas,
que aunque la noche está mala,
para mí debe estar buena.
ANS. Y los otros compañeros?
PEL. Rodando por las malezas,
escondidos, temerosos
de que una partida venga
y dé con ellos, y un lazo
en el pescuezo les tienda.
Gente cobarde! No saben
que ya no hay Niños de Ecija
por el camino. Esos perros
despues de tantas proezas,
de perseguir desgraciados,
de matarlos sin conciencia,
al fin parece que ya
se han retirado á su tierra
cada uno, á disfrutar
lo que adquirieron á fuerza
de crímenes, aun mas grandes
que los que ahora se cometan.
ANS. Y diga usted: Juan Palomo...
PEL. No me lo nombres siquiera;
por todas partes su sombra
me persigue y me molesta.
Pero no hay que temer; Juan
ya no anda por esta tierra,
que, segun noticias tengo,

y son noticias certeras,
cansado de perseguir
bandidos, pidió licencia
y se ha marchado á Madrid
á cosas que le interesan.

Ans. Pues por aquí no ha pasado.

Pel. Quién sabe! Pero él no piensa
que yo ando por estos sitios,
ni quiera Dios que lo sepa.

Ans. Le teme usted?

Pel. Tu no sabes
quien es Juan Palomo.

Ans. Sea
lo que fuere; pero ya
dicen que aunque fué una fiera,
se encuentra tan convertido...

Pel. Hipócrita! Si supiera
que yo ando por estos sitios,
de fijo, hasta aquí viniera,
que tiene conmigo aun
pendiente una larga cuenta.
No vendrá; ignora del todo
que yo esté en Sierra Morena;
pero si viene algun dia,
si es que tú con Juan te encuentras,
no le digas que al Pelon
conoces; ni que siquiera
de mí has sabido en tu vida.

Ans. Lo que es yo...

Pel. Las escopetas
trae.

Ans. (*Trayendo las dos que están junto á la mesa.*)
Tome usté la suya,
que yo me quedo con esta
por si se me ofrece algo.

Pel. Que llegue esa diligencia.
Yo te aseguro, que no
quedará sin recompensa
el afan conque esta noche
voy á salir á la Sierra. (*vase foro.*)

ESCENA II.

Anselmo *solo, despues de haber dejado su escopeta en el lado de la derecha.*

Dios haga que ese negocio
salga derecho! Siquiera
que tengamos que comer
ya que otra cosa no sea.
Válgame Dios, y qué vida
se pasa por estas ventas!
Desde que se establecieron
las malditas diligencias,
todo el que viaja, vá
prevenido de escopeta,
y como van muchos juntos,
no hay quien con ellos se atreva.
Hasta salir á robar
es un cargo de conceneia;
se espone uno á que le larguen
un tiro por la cabeza;
y para qué? para nada,
por robar una miseria.
Me pareció de caballos
oir pisadas... Bueno fuera
que algun pasajero... Puede...
le saldremos á la puerta.
(*antes de salir aparece el Ciervo por el foro.*)

ESCENA III.

Anselmo *y El* Ciervo.

Ciervo. Lleva el caballo á la cuadra
y échale un pienso...

Ans. (Canela!
ó yo conozco esa voz,
ó esta no es la vez primera...)

Ciervo. No oyes?

Ans. No es que no oiga,
no padezco de sordera;
pero lo que usted me pide,
no lo hay en esta venta.

Ciervo. Pues entonces...

Ans. Lo entraré,
si usted quiere, pero á secas.

Ciervo. En no habiendo otro remedio,
qué se ha de hacer?

Ans. No quisiera
equivocarme, mas yo
he visto á usté en esta tierra.
Usté no es lo que parece...
Usté en lo antiguo...

Ciervo. Qué era?

Ans. Que usté anduvo por aquí
rodando por estas sierras.
Yo era chiquillo, y me acuerdo,
lo que es de la cara esa.

Ciervo. Y eso qué tiene de estraño?
Te interesa?

Ans. No; mas...

Ciervo. Ea,
pues quizás no te equivoques.
Lleva el caballo; á qué esperas?
O es que te habrás figurado
que yo soy algun babieca
y te propones robarme...

Ans. Válgame Dios!

Ciervo. Te atormenta
que conozca tu intencion?
Pues mira, mala es la presa,
porque antes de ser quien soy,
fuí quien fuí, y si me recuerdas...
Andando...

Ans. Voy. No se enfade...
(Cuando yo dije...) (*vase por el foro.*)

ESCENA IV.

El Ciervo *solo.*

Es tontera,
se nos conoce en la cara
que fuimos Niños de Ecija.
Pues señor, capricho ha sido
él citarme en esta venta
Juan Palomo!.. Pero, manda
el capitan... Quién se niega...?
Que será lo que le trae
de nuevo á sierra Morena?
Anduvimos por ahí
desde nuestro indulto, en esa
persecucion de bandidos
que tanto nombre nos diera,
y cansado de esa vida
yo me vine á santa Elena,
sin que en diez años de Juan
haya sabido siquiera,
hasta que ayer una carta

recibí, en que manifiesta
que vá á pasar por aquí,
que lo espere en esta venta,
que quiere darme un abrazo
y luego seguir su senda.
Pero aquí está este tunante
otra vez.

ESCENA V.

El mismo y ANSELMO.

ANS. Ya está la bestia
resguardada de la lluvia.
CIERVO. Está bien; y aquí no hay leña?
ANS. Eso sí; vale barata
y tenemos gran cosecha.
Trae leña y enciende fuego junto al cual se sienta (el Ciervo.)
Pero... usted se queda aquí?
CIERVO. Mucho preguntas.
ANS. Por fuerza
Como que hace mucho tiempo
que yo vivo en esta venta,
y es el primer pasajero
que ha entrado por esa puerta.
CIERVO. Pues dime; qué hacen ustedes
entonces aquí!
ANS. Friolera!
Salimos al monte; allí
cortamos alguna leña
que vendemos; ó cazamos;
si pasa una diligencia,
la acompañamos un trecho,
y así vivimos.
CIERVO. Es buena.
Y cuántos están ustedes?
ANS. Yo y un viejo.
CIERVO. (Quién te crea!)
Y nada mas!
ANS. Nada mas.
CIERVO. Pues teneis buena faena!
Me parece que me engañas,
que yo he vivido en la Sierra,
y hay aquí otra ocupacion
mas lucrativa que esas.
Pues mira, te lo prevengo,
porque mucho te interesa;
yo espero un hombre esta noche
que ha de llegar á la venta;
con él me precisa hablar
sin que nadie nos entienda;
si ustedes incomodarnos
ni por un momento piensan,
aquí traigo por compaña...
Ves! (*mostrándole el trabuco.*)
ANS. Jesus! Y qué escopeta!
Está bien.
CIERVO. No sientes tú?
ANS. Sí, pisadas son de bestia.
CIERVO. Pues sal al camino y mira.
ANS. Está tan oscuro...
CIERVO. Arrea!
ANS. No es menester que yo salga,
porque ya quién es, se acerca.
JUAN. (*dentro.*) Ciervo!
CIERVO. Aquí estoy. Voy corriendo
á abrazarlo.
(*vase y vuelve á poco con Juan Palomo.*)

ESCENA VI.

ANSELMO, *á poco* JUAN PALOMO *y el* CIERVO.

ANS. Oh! Qué idea!
Esta gente debe ser
gente de por estas tierras.
Sí, sí, yo he visto esa cara...
Qué traerán? Pero, ya llegan.
CIERVO. Entra, Juan; descansa aquí;
vienes calado.
JUAN. Qué quieres?
CIERVO. Qué has hecho?
JUAN. Mis padeceres,
quieres que te cuente?
CIERVO. Sí.
Despues de ausencia tan larga,
calcula tú si mi afan...
Vamos descansa aquí, Juan,
que si tu vida fué amarga,
ahora te encuentras conmigo
para desahogar tu pecho.
Qué mas quieres? Lo derecho
siempre, es tener un amigo.
ANS. Estorbo?
CIERVO. Ya te lo he dicho;
ni escuchar, ni hacerse el tonto;
que te he conocido pronto
y sé que eres un mal bicho.
ANS. No hay de qué. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA VII.

JUAN PALOMO y EL CIERVO.

CIERVO. Siéntate, Juan,
y enjúgate aquí en el fuego;
mas deja que desde luego
te llame, mi capitan.
JUAN. Ciervo, esa vida pasó.
CIERVO. Lo sé, pero eso no importa;
á la larga ó á la corta
mandás tú, obedezco yo.
Mandando tú y yo obediente,
es igual para mi plan,
tienes que ser capitan
ó coronel, ó teniente.
Cuánto tiempo! Quién pensára!
Y estas flaco...
JUAN. Mis pesares,
como los tengo á millares,
se me asoman á la cara.
CIERVO. Vamos; y vienes aquí?...
Ansioso estoy por saber...
JUAN. Pronto vas á comprender
qué es lo que pasa por mí.
Dándole rienda á mi pena,
porque es mi vida afligida,
yo te contaré mi vida
que está de pesares llena.
Y tú?
CIERVO. Yo, bien.
JUAN. Y tu gente?
CIERVO. Tan completa.
JUAN. Tu mujer?...
CIERVO. Con muchas ganas de ver
á su capitan valiente.
No, lo que es yo, me conservo,
vivo bien, no tengo apuro.
Mas tu mujer, de seguro

que estará...
JUAN. Cállate, Ciervo.
Por mucho que tu barruntes
lo que por mi vida pasa.
CIERVO. Pero tu mujer? Tu casa...
JUAN. Ciervo, no me lo preguntes.
El mundo es una quimera,
y aquel que en mujeres fia,
su fortuna, su alegría,
su esperanza lisonjera,
tan solo por premio alcanza
en pago de su querer,
perder fortuna, mujer,
alegría y esperanza.
CIERVO. Qué dices?
JUAN. Oyéme atento;
registraré mi memoria,
y te contaré mi historia
si me deja el sentimiento.
Diez y seis años hará
que, cual tigres foragidos,
los dos con otros bandidos
andábamos por acá.
Así la pícara suerte
lo tenia decretado,
y era nuestro afan menguado
buscar por dó quier la muerte.
Mas no es que aquel existir
nuestra vida sostenia,
que, Ciervo, yo maldecia
aquel modo de vivir.
Ello es, que llegó un momento
de dolores, de ansiedad,
que me hizo ver la verdad
y me dió arrepentimiento.
Yo ví á mi amor sucumbir
en los brazos de un hermano,
y á poco mas, inhumano
á mi padre ví morir.
Recuerdas? En mi afliccion
con un pesar tan profundo,
á los pies de un moribundo
pedimos á Dios perdon.
Y acordamos sin recelo
cansados de aquella guerra,
hacer mérito en la tierra
porque nos premiára el cielo.
Así fué; nos indultaron,
y en cambio, al vernos tan fieros,
á perseguir bandoleros
al camino nos echaron.
Cumpliendo nuestra mision,
partidas muchas salieron,
pero todas sucumbieron
víctimas de nuestra accion.
Ciervo, yo no era feliz,
ni aun viéndome perdonado,
que de haberme enamorado
habia tenido el desliz.
Y en mi pesar insufrible,
comprendiendo mi locura,
mi funesta desventura,
aquel amor imposible,
desistí de mi manía,
de aquel amor soberano,
hice feliz á mi hermano
y me casé con María.
CIERVO. No recuerdes esa historia:
pues si con solo esa accion,
y esto no es ponderacion,
debiste ganar la gloria.
JUAN. Así seis años pasaron:
en tanto perdí á mi madre,
mas las caricias de padre
en breve me consolaron.
Hartos ya de traginar,
con mérito suficiente,
dispersamos nuestra gente,
nos fuimos á descansar.
Repartimos sin quisquilla
nuestro caudal; mi mujer
se empeñó, y á establecer
nos marchamos á Sevilla.
Allí algun tiempo viví,
puse en giro mi dinero,
y mucho traginé, pero
en todo, Ciervo, perdí.
Que lo que es mal adquirido,
por mas que el hombre se afana,
de la noche á la mañana
se mira al cabo perdido.
Sin embargo, era dichoso;
amaba mucho á María:
pero ay! que la suerte impía
se negaba á mi reposo.
Un dia, vi amanecer,
tras de noche tormentosa,
qué mañana mas hermosa
vieron mis ojos nacer!
Con la calma del que es bueno
desde mi reja veia
nacer aquel nuevo dia,
para mí de encantos lleno.
En el lecho maternal
cerca de mí reposaba
una niña, á quien yo amaba
con cariño paternal.
A Dios dije mi oracion,
y sin que nada me aflija,
fuí á besar á mi hija.
á mi hija del corazon.
Penetro en el cuarto; allí
busco al bien que tanto ansio;
el lecho estaba vacío,
busco, busco... á nadie ví.
Llamo, y nadie me responde;
grito, y nadie me contesta:
el silencio es la respuesta;
corro loco, pero á dónde?
Me quiero tranquilizar;
busco en mi imaginacion
un recuerdo, y mi afliccion
me lo viene á demostrar.
Un amigo yo albergué,
en mi mesa le dí asiento,
en mi casa un aposento,
en mis brazos le estreché.
No está en la casa tampoco,
entonces lanzo un suspiro,
y conozco que deliro,
que me voy volviendo loco;
y en mi ciego frenesí,
maldigo hasta aquella aurora,
y maldigo hasta la hora
en que á este mundo nací.
CIERVO. Pero luego...
JUAN. El luego vino:
hace diez años lo busco,

y por mucho que rebusco
no lo encuentra mi destino.
CIERVO. Es decir...
JUAN. Que sin saber
si Maria me hizo traicion...
CIERVO. Qué?..
JUAN. Desde aquella ocasion,
Ciervo, no tengo mujer.
CIERVO. Pero...
JUAN. Deja que me aflija;
que por mucho que he buscado,
por el mundo no he hallado
ni á mi mujer, ni á mi hija.
CIERVO. Y de aquel hombre, dí, Juan,
no has sabido?
JUAN. Si supiera!..
CIERVO. Qué desgracia!
JUAN. El sino era;
de nada sirve mi afan.
Quién crímenes cometió,
y esta verdad en tí encierra,
tarde ó temprano en la tierra
sus crímenes espió.
Que no sirve arrepentirse,
sirve vivir como un santo,
y para llegar á tanto
vivir sufriendo y morirse.
CIERVO. Y solo estás?
JUAN. Y qué espero
de vivir acompañado?
CIERVO. De modo que has olvidado
que tienes un compañero?
Deja ya pasar tu pena,
Juan; sabes que soy tu amigo;
te vas á venir conmigo
á vivir á santa Elena.
JUAN. No es posible; por mi mal
no es tan solo ese fracaso.
Empeñado en un mal paso
tengo todo mi caudal.
Y con tal de desliarlo,
hecho un mar de confusiones,
en busca de relaciones
voy á Madrid, por salvarlo.
CIERVO. Iré contigo; ni un dia,
ni un momento de tu lado
he de vivir separado.
JUAN. Déjate de tontería.
Tú eres feliz.
CIERVO. Con tu afan,
quieres que yo aquí me quedo?
Vivir el soldado puede
cuando muere el Capitan?
(suena un disparo lejano.)
Pero no escuchaste!
JUAN. A ver...
CIERVO. Algo sucede, está claro.
(suena un segundo disparo.)
No escuchas! Otro disparo.
JUAN. Qué será?
CIERVO. Qué puede ser?
De fijo, alguna imprudencia.
JUAN. Pero...
CIERVO. Ladrones serán.
JUAN. Ladrones!
CIERVO. Sí.
JUAN. Y estarán...
CIERVO. Robando una diligencia.
Siempre hay estos atropellos.
JUAN. Desgraciados! Vamos!
CIERVO. Cómo!
JUAN. No saben que Juan Palomo
se encuentra cerca de ellos.
(Anselmo se ha asomado á la puerta de la izquierda y ha escuchado las ultimas palabras.)
ANS. (Juan Palomo!) *(suena un tercer disparo.)*
CIERVO. Por mi vida
que está la broma pesada!
JUAN. Hagamos esta jornada,
Ciervo.
CIERVO. Si es una partida...
JUAN. Bastamos solos los dos,
que no podemos morir,
pues solo para sufrir
nos tiene en el mundo Dios.
Corramos. *(Toman los trabucos y salen por el foro precipitadamente.)*

ESCENA VIII.

ANSELMO *solo.*

Digo! Palomo!
Jesus y lo que he escuchado!
Pues señor, lo que es ahora,
sin mas remedio, entregamos
el pellejo. De seguro
que muere Curro Lazcano
el Pelon, en cuanto Juan
sepa que de aquí es el amo. *(suenan disparos.)*
Digo! La cosa es de veras!
Pero, señor: qué diablos
traerán los Niños de Ecija
por aquí, que yo no caigo?...
Y quién se atreve con ellos?
Cuanto los sienta, me escapo,
que estoy bien con mi cabeza
y no quiero darla al diablo.
Si lo dije; si el primero
me pareció un hombre malo!
Me echaba unos ojos... Y él
me conoció de contado.
Sí, me esconderé; si puedo
aquí una traicion les armo,
para que sepan que si ellos
son cazadores, yo pájaro.
Juan Palomo! Qué será
del Señor Curro Lazcano
que tanto miedo le inspira
ese hombre? Siento pasos...
Pues señor, aquí me escondo
y veremos lo que fraguo.
(Entra por la izquierda.—Aparecen por el foro el Pelon y dos bandidos maniatados. Tras ellos Juan Palomo, que amenaza dispararles con el trabuco y los arrolla sobre la derecha, en primer término. Un Mayoral de diligencia y el Ciervo, traen entre sus brazos á Magdalena desmayada, que colocan en una silla, cuando lo indica Juan Palomo. Tras de todos algunos pasajeros de distinto sexo que acobardados se arremolinan en un estremo.)

ESCENA IX.

JUAN PALOMO, *el* CIERVO, *el* PELON, MAGDALENA, *el* MAYORAL, *Bandidos y Pasajeros.*

JUAN. Infames! El que siquiera
para escaparse dé un paso,
le atravieso el corazon.
Ahí de rodillas, malvados,
asesinos miserables,

y cobardes inhumanos.
Si no tuviera promesa
de ser, como soy, honrado,
ya yo os hubiera á los tres
tendido de un trabucazo.
CIERVO. Mira, Juan.
JUAN. El qué?
CIERVO. O soñando
estoy, ó á la Vírgen del Valle
se parece.
JUAN. Ah!
CIERVO. Qué te ha dado?
JUAN. Ciervo! Qué mujer!
CIERVO. Qué tienes?
JUAN. Desde que al coche llegamos,
y á la luz de la linterna
ví su cara...
CIERVO. Vamos, vamos,
que te gusta; pues si á mí
tambien, y yo soy un ganso!
MAY. Y la pobre señorita,
cuando vuelva en sí, que paso!
encontrarse sin sus padres,
sola entre nosotros...
JUAN. El di ablo
me condujo aquí esta noche.
Ciervo; estoy desesperado.
Con una mujer como esta
ha tiempo vivo soñando,
que esa mujer es tan bella
cuál la Vírgen del Milagro.
Qué desgraciado nací:
ay! Ciervo, que desgraciado!
CIERVO. Desgraciado! No lo entiendo.
Juan, tu aquí eres solo el amo.
JUAN. Si otro que no fueras tú
me lo dijera, en mis manos
le hiciera dejar la vida
su blasfemia así pagando.
Aunque yo sea Juan Palomo,
Ciervo, soy un hombre honrado,
y aun siendo bandido, fuilo,
que mis manos no enlutaron
en la tierra á ningun ser
por haberle ellas tocado.
CIERVO. Perdona...
MAY. Ya vuelve en sí.
CIERVO. Silencio.
JUAN. (Dios soberano:
quién me condujo á este sitio?
Mi sino solo me trajo.)
Señorita...
MAG. Dónde estoy?
JUAN. No tema usted.
MAG. Cielos santos!
Qué sitio es este? Y mis padres?
JUAN. Señorita...
MAG. Dónde me hallo?
Oh! Yo recuerdo... Sí, si...
yo caminaba... un disparo
sonó tan cerca de mí,
que mis ojos se nublaron.
Despues un grito de muerte...
Mis sentidos trastornados...
Perdí el habla... no recuerdo...
no recuerdo mas...
CIERVO. (Canario!
Quién le dice?...)
MAG. Madre?... Padre!
Oh! No están? Bandidos; bárbaros,
devolvedme al padre mio...
á mi madre... No hacen caso...!
Ya sé; estoy entre bandidos...
JUAN. Señorita!..
MAG. Usted?..
JUAN. Yo...
CIERVO. (Vamos,
que me van á hacer llorar
á la postre de mis años.)
JUAN. No llore usted, señorita;
por la Vírgen del Milagro.
Hay cosas que Dios dispone
y es menester conformarnos.
No está usted entre bandidos,
que se halla usted á mi lado,
y soy tan hombre de bien,
que por el Dios soberano
le juro, y él nos escucha,
que no habrá ningun osado
que sobre usted, señorita,
ponga un dedo de su mano.
MAG. Pero mi padre...? Mi madre..?
JUAN. No debe usted preguntarlo.
MAG. Oh! Comprendo; los han muerto!
Oh! yo tambien... Qué resguardo
me queda ya en este mundo?
Yo... muero... (*Se desmaya.*)
CIERVO. Se ha desmayado
otra vez...
JUAN. Ciervo, de tí
necesito en este caso.
CIERVO. Manda cuanto quieras.
JUAN. Anda,
colócala en un caballo,
y llévala á Santa Elena,
á tu casa...
CIERVO. Digo: andando.
JUAN. Que vayan los pasajeros
tambien y se alojen...
MAY. Vamos.
(*Salen el Ciervo, á quien ayudan los pasajeros á llevar á Magdalena. Cuando vá á salir el Mayoral, lo detiene Juan Palomo.*)
JUAN. No; que vayan con el Ciervo.
Tú al coche; toma el retaco
y saca esos tres mosquitos:
los pones bien amarrados,
y cuando ya lo hayas hecho,
desenganchas un caballo,
te vas á la Carolina
donde radica el juzgado.
Avisas al Juez. Ya sabes.
sin que te duermas.
MAY. (*al Pelon y bandidos.*) Andando.
PEL. Malos demonios se traguen
al hombre que te ha mandado.
MAY. Cuidadito con la lengua.
JUAN. Quién habló?
MAY. Nada, este bárbaro.
JUAN. Pues cuenta, que sí el trabuco
por casualidad agarro...
(*Hasta este momento no habrá reparado Juan Palomo en la cara del Pelon, que este habrá cuidado, durante la escena anterior, de tener recatada.*)
Pero qué es esto? Dios mio!
Qué hombre es este?
PEL. Te hace daño
mi presencia; ya lo sé.

Juan, me hallo de ti vengado.
Si, yo moriré en la horca
mi crímen allí pagando,
mas tú morirás tambien
en tus pesares ahogado.

JUAN. Y me contengo? Dios mio!
Quieres verme mas humano?
(*El Ciervo vuelve á entrar á recojer su trabuco.*)

CIERVO. Juan, qué es esto?

JUAN. Ciervo, ese es
el hombre que ando buscando.

CIERVO. Pues mira, yo como tú
no tengo tanto reparo.
Voy á darle en la cabeza,
sin pararme, un trabucazo.

JUAN. Ciervo, no. Déjame solo:
á obedecer lo mandado.

CIERVO. Lo mandas...

JUAN. Y se obedece.

CIERVO. Ten cuidado.

JUAN. No hay cuidado.
Ese hombre se queda aquí,
para custodiarlo, basto.
(*Vanse el Ciervo por un lado y el Mayoral y los bandidos por otro.*)

ESCENA X.

JUAN PALOMO *y El* PELON.

JUAN. Ya estamos solos. Ahora
te voy á desamarrar. (*lo hace.*)

PEL. Ya sé; me vas á matar.

JUAN. Al fin la suerte traidora
te atraviesa en mi camino.

PEL. Qué intentas?

JUAN. Lo vas á ver.
A dónde está mi mujer?
Dímelo pronto, asesino,
Habla ó sinó...

PEL. Fuera mengua.
Está fallada mi suerte:
sé que me espera la muerte.

JUAN. Te voy á arrancar la lengua.
Habla.

PEL. No; el silencio mio
es mi defensa...

JUAN. Prometo,
si descubres el secreto,
darte libertad.

PEL. No fio,

JUAN. Pero, dí; qué te hice yo
para que así me destroces
y en mi infortunio te goces?
Habla; dí pronto, ó sinó...

PEL. Juan, yo te aborrezco tanto,
que me es mas dulce morir,
que tenerte que decir
lo que preguntas...

JUAN. Me espanto
de encontrar un corazon
mas de fiera que de hombre!..

PEL. Y en ello, qué hay que te asombre?
Tus crímenes pocos son?

JUAN. Dices bien; fuí criminal
y por eso sufro y peno,
mas me propuse ser bueno.

PEL. Y lo fuiste por tu mal.

JUAN. Pero es que mi vida trunca
tu silencio... Haces que pene...

PEL. Juan, quien malas mañas tiene
ó las pierde tarde, ó nunca.
De todos modos, la vida
ya sé que perder me toca;
pues bien, callando mi boca
mi venganza está cumplida.

JUAN. Pero, mi hija, mi mujer?...

PEL. No piensan en tí siquiera.

JUAN. Dónde están? Me desespera...

PEL. Juan, no lo quieras saber.

JUAN. Pero viven?

PEL. Viven, si.

JUAN. Y viviendo...

PEL. No sabrás...

JUAN. Es que tú me lo dirás...

PEL. Es que yo me vengo asi.

JUAN. Pero, te vengas: de qué?
No fuí tu amigo? En tu afan,
no comiste de mi pan?
Conmigo no te alojé?
Qué te hice yo, desgraciado!
porque me tengas en poco?
Mira que me vuelvo loco;
que ya estoy desesperado;
que no puedo contenerme;
que tu mísera venganza
me hace perder la esperanza
que ha podido sostenerme
diez años; diez años, sí;
No le basta esto á tu encono?
Dímelo ya, y te perdono.

PEL. Desecha ese frenesí.
Mira, yo nada tenia,
me miraba perseguido,
y estaba tan aburrido
que de pena me moria.
Tropecé una vez contigo,
me tendistes una mano,
y me llamaste tu hermano,
me acogistes como amigo.
Tú eras rico, yo envidioso,
tú eras amado, yo no,
y en aquel estado, yo
estaba fiero, celoso.
Te odié, porque el odio mio
era al mundo, y á mi suerte,
y me propuse perderte
por dar rienda á mi albedrío.
Un hombre vió á tu mujer,
y cuando la vió tan bella,
se volvió loco por ella;
yo lo supe, y fuilo á ver.
Y obrando con mi fiereza
yo tu mujer le ofrecí,
si él me daba en cambio á mí
gran parte de su riqueza.
Accedió, formé mi plan,
lo puse en práctica al punto,
mas me miraba difunto
cuando en tí pensaba, Juan.
Era preciso á tu herida
poner tambien un calmante,
y me ocurrió en el instante
medio de salvar mi vida.
Y tu mujer te robé
y se la entregué al cuitado.

JUAN. Pero, mi hija...

PEL. A mi lado
entonces me la llevé.

—Su vida guarda la mia,—
me dije en tal situacion.

JUAN. Obraste sin corazon,
me robaste mi alegría.

PEL. Fuí rico...

JUAN. Y luego?...

PEL. Despues,
tu mujer era dichosa...

JUAN. Oh! Cállate...

PEL. Es horrorosa
la historia...

JUAN. Sí, que lo es...
Pero mi hija...

PEL. Oye, Juan.
Pronto sin oro me ví,
porque todo lo perdí
en medio de tanto afan.
Entonces robé; la suerte
estaba conmigo fiera,
y me ví—suerte rastrera!—
en los brazos de la muerte.
Me prendieron, deserté,
busqué á tu hija para huir
con ella... para partir;
pero, Juan, no la encontré.
Me vine aquí, y aquí estoy;
siempre asustado he vivido;
tu sombra me ha perseguido
hasta que te encuentro hoy.

JUAN. Pero, mi mujer...

PEL. Despues
no he vuelto á saber de ella.

JUAN. Oh! nací con mala estrella.
Me engañas?

PEL. La verdad es.

JUAN. Pues bien; frente á frente estas
del hombre que has ofendido;
defiéndete, ó cual bandido
á mis manos morirás.
Ya se cumplió tu destino;
toma un trabuco; dispara;

(*Dándole la escopeta que puso Anselmo á la derecha.*)

defiéndete cara á cara
ó mueres como asesino.

PEL. Es claro, ya lo sabia;
eres valiente, lo sé.
Oh! yo no te tiraré,
de seguro moriria.

JUAN. Defiéndete.

PEL. Tira ya,
y acaba pronto conmigo.

JUAN. Cobarde!

PEL. Soy tu enemigo.

JUAN. Pues bien, toma.

(Le apunta con el trabuco. Cuando vá á disparar. Anselmo, que ha estado en acecho durante los últimos versos, se echa sobre Juan Palomo por la espalda, y le sujeta los brazos. Entonces, segun marcan los versos, el Pelon apunta á Juan.

ESCENA XI.

Los mismos y ANSELMO.

ANS. Quieto.

JUAN. Ah!

ANS. Tírale.

JUAN. Traicion!

PEL. Ya voy.
Reza, Juan; está en mi mano
tu vida...

JUAN. Tira, villano.

(*El Pelon vá á disparar, pero en este momento aparece el Ciervo, y apercibiéndose de lo que ocurre, dispara su trabuco sobre e' Pelon, que cae herido.*)

ESCENA XII.

Los mismos y el CIERVO.

CIERVO. No será, que yo aquí estoy.

PEL. Jesus!

ANS. Oh! perdon!
(*soltando á Juan y arrodillándose.*)

CIERVO. Tambien
tú vas á morir...

ANS. Perdon.

JUAN. Ciervo, ténle compasion,
que somos hombres de bien.
Amárralo. (*lo ejecuta.*)

CIERVO. Con dos lazos
no se nos escapará.
Listo.

JUAN. Ciervo, ven acá.

CIERVO. Qué quieres?

JUAN. Dame los brazos. (*se abrazan.*)

CIERVO. Como la cara le ví
y le conocí asesino,
en la mitad del camino
reflexioné, y me volví.
Declaró?

JUAN. Sí, y ojalá
que nada me declarára!
Ojalá no le encontrára!
Ay! Ciervo!...

CIERVO. Vámonos ya.

JUAN. Ciervo, vámonos de aquí;
este lugar me dá espanto;
vámonos donde mi llanto
pueda consolarme, sí.
Del crímen huyendo voy
y el crímen do quier me hallo;
Ciervo, por mas que batallo
no dejo de ser quien soy.

CIERVO. Anda.

JUAN. Me lo manda el sino
y no quiero acobardarme.
Dios no quiere perdonarme;
cúmplase, pues, mi destino.
Nada en mi humildad consigo.
Vamos.

CIERVO. Vamos.

JUAN. Seamos buenos;
reposaré cuando menos
en los brazos de un amigo.

FIN DEL ACTO PRIMER O.

ACTO II.

El Parricidio.

Jardin de una quinta cerca de Madrid. Pabellon á la izquierda, con puerta de entrada y ventana al frente. Banco de piedra delante del pabellon. Verja al foro.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA *y* ENGRUDO.

MAR. Dices tú que esa mujer?..

ENG. Es hermosa como un cielo.

MAR. Su edad...
ENG. Diez y siete años
tendrá poco mas ó menos.
MAR. Y él la quiere?
ENG. Con el alma.
MAR. Infame!
ENG. Con tanto estremo,
que si no está loco, vamos,
digo que está poco menos.
MAR. Tú no le habrás dicho?..
ENG. Nada
Quién se atreve? Si el secreto
se llegára á descubrir!
Dios me libre! Mi pellejo...
MAR. Pero, qué ha sido de Juan,
dime, Engrudo, en tanto tiempo?
ENG. La verdad, yo no lo sé.
MAR. Pero, cómo fué tu encuentro?
ENG. Verá usted. Usted no sabe
que yo vivo hace ya tiempo
en Madrid, con Moscardon,
metidos en un enredo...
porque, francamente, ya
no teníamos dinero,
y fué preciso... mas no es
del caso mi historia; al cuento.
Nos vinimos á Madrid;
yo manejando unos pencos...
y traginante en caballos
así me busco los medios
de pasar la vida, y darle
al Cristo del tragadero.
Usted sabe que los Niños
de Ecija, allá en sus tiempos,
fueron buenos liberales,
y en partida se reunieron
para perseguir facciosos
hasta que luego el gobierno
en Vergara con Maroto
hizo el consabido arreglo.
y que en lugar de premiar
lo que los Niños hicieron,
me los dejaron por estas
que son cruces. Viendo ellos
que por aquellos servicios
no se les daba algun premio,
y acostumbrados á andar
hechos unos guerrilleros,
se echaron á los caminos
donde caballistas fueron.
Ya se vé, cual liberales,
cuando la patria está en riesgo,
en salir á defenderla
siempre somos los primeros.
Hace dias sonaron tiros,
hubo motin por el pueblo.
La Milicia nacional
estaba firme en su puesto,
y despues de algunos choques
habidos con el ejército,
yo salia del principal
que soy miliciano y neto,
y ví á un hombre.. Vaya en graciá!
vestido de caballero,
cuya cara era la cara
de Juan Palomo. Me acerco,
le conozco, y me conoce,
nos abrazamos corriendo,
le conté mis aventuras,
y él, echándola de bueno,
me dijo:—Estoy en Madrid,
Engrudo, hace ya algun tiempo.
He venido á unos negocios
acompañado del Ciervo,
que nos han salido mal
y hasta estamos sin dinero
Me dijo:—Y que no me pesa,
que lo adquirido á mal precio,
nunca puede enriquecer
á los que mal lo adquirieron.
Yo le dije, y él me dijo,
y en fin, hablamos de aquello
que nos vino á la memoria;
me ofreció su casa; á verlo
he ido en varias ocasiones,
en ella observar pudiendo
esa jóven con quien Juan
gasta tanto miramiento.
Con usted hablé despues,
me recomendó el silencio,
me dijo que le ayudase,
me lo pagó, y tan completo
Esto es todo lo que sé
y san se acabó y laus deo.
MAR. Me has ofrecido servirme
y que lo cumplas espero.
ENG. Pero, por qué usted á Juan
no se descubre?
MAR. No puedo.
ENG. Ya! Usté al fin es ya señora...
Pero él... Si dá risa verlo;
no parece el Juan Palomo
de nuestros antiguos tiempos.
Ni nadie sabe quien fué:
todos le dicen, don Diego,
y aunque viste á la andaluza,
se presenta con el Ciervo
en las calles, en las plazas,
á caballo en los paseos,
llevándose la atencion
y las miradas del pueblo.
En fin, usted manda algo?
MAR. Que sigas, yo te lo ordeno,
observando sus acciones,
hasta el menor movimiento.
Tu servicio pagaré,
te daré tanto dinero,
que has de quedar, no lo dudes,
de mi bondad satisfecho...
Pero dí; Juan no te habló
de su mujer?
ENG. Qué! Ni esto.
Yo una vez le pregunté,
pero se puso tan feo,
que, francamente, le tuve,
no me dá verguenza, miedo.
MAR. Ni de su hija?
ENG. Tampoco.
MAR. Bien está.
ENG. Mucho me temo,
segun yo he visto las cosas,
que esta noche habrá jaleo.
Y voy á estar al cuidado
no sea que un pronunciamiento...
El asunto está bien malo
y está ya cargado el pueblo:
se dice que allá en la Granja
reunidos unos Sargentos,

han hecho que nuestra Reina
gobernadora, al Gobierno
que manda, dé pasaporte,
firmando para el arreglo
la constitucion del doce;
y si hay gresca, yo el primero,
que como buen liberal
no he de faltar de mi puesto.
Conque, salud.

MAR. Anda, anda;
mira, que se pasa el tiempo.

ENG. Voy á encender un cigarro
para el camino... (*Hace que lo busca.*) No tengo.
Al primero que me encuentre
se lo pido sin rodeos. (*vase.*)

ESCENA II.

MARÍA, *sola.*

Juan enamorado, y yo
ausente de Juan viviendo.
Oh! No puede ser; me engaña
este hombre... yo no creo...
Estando solo en el mundo,
qué estraño?.. Mas tengo celos,
porque yo amo á Juan, y es tanto
el cariño que le tengo,
que antes de verlo con otra
de su vida haré un infierno.
Diez años largos sin él
mis desventuras sufriendo,
y cuando llega la hora
que en mi camino lo encuentro,
obstáculos invencibles
me imponen guardar silencio.
Ni aun le puedo descubrir...
Tengo que vivir muriendo
por el amor entrañable
que á mi pobre hijo le tengo.
Mas, cómo evitar su amor!
Oh! Constancia y ya veremos...
Lo que una mujer no alcanza...
Mucho se tarda mi Diego; (*oscurece.*)
ha pasado ya la hora
en que vuelve del paseo,
y no llega... Si un percance
le hubiese ocurrido... Siento
una agitacion... La noche
ya su manto vá tendiendo.
Pero llegan... será él?
Oh! Qué fastidio! Don Pedro!

ESCENA III.

MARÍA *y* D. PEDRO.

PED. Señora...

MAR. Usted otra vez?

PED. Se estraña?

MAR. Mucho.

PED. No creo...

MAR. Despues de la última vez
que hablamos, era mas cuerdo
que á insistir en su propósito
usted ya no hubiese vuelto.
Su visita en esta casa,
sin el menor miramiento,
me es perjudicial. El vulgo
repara en todo, y no quiero
que se me tilde en Madrid
cuando no hay un fundamento.
Además, ya se lo he dicho:
puede ocurrir un encuentro...
y si usted se compromete
yo tambien me comprometo.

PED. María, usted no comprende
con el amor que la quiero.
Usted no sabe que es tanta
la pasion que arde en mi pecho,
que diera por aplacarla,
cuanto valgo, cuanto tengo.

MAR. Repito á usted que se vaya,
que escuchar su amor no puedo.

PED. Mas que mujer, es usted
un aborto del infierno
para mí. Vive usted sola
en el mundo, qué mas puedo
que brindarme á ser su esclavo?

MAR. Es escusado, el deseo
que le inspiro, hasta me ofende.
Usted es un majadero.
Yo no puedo amar á nadie,
se lo he dicho hace ya tiempo,
y usted se obstina en su amor
que mas que amor, es empeño.

PED. Por última vez, María:
oígame usted. Yo no espero
nada del mundo. Soy rico;
por riqueza aquí no vengo.
Yo he visto á usted una vez
y otra vez, y, loco, ciego,
la he perseguido do quiera,
en la calle, en el paseo,
por todas partes; de entonces
yo no vivo, yo no duermo;
á donde miran mis ojos,
á donde mi vista vuelvo,
la imágen de usted, María,
veo esculpirse. Yo no debo
confesarme así vencido.
Yo en su negativa veo,
que usted amará á otro hombre,
y estoy ardiendo de celos.
Qué mas puede á usted brindar
otro, que lo que yo le ofrezco?
Yo la amo á usted con el alma,
soy jóven y rico; siéndolo,
á mil mujeres que llegue,
puedo jactarme de ello,
con orgullo me verán
si les digo que las quiero.
Yo, sin embargo, María,
llegar á ninguna puedo.
Hay en usted una cosa,
un atractivo secreto,
que me inspira la pasion
porque se abrasa mi pecho.
He sufrido sus desaires,
sus repetidos desprecios,
y ni aun así he resignado
mi amor, que amor es, no empeño.
Mientras usted mas me despida,
María, yo mas la quiero.
Usted, á pesar de todo,
insiste en que soy un terco;
ni me quiere recibir,
ni admite mi galanteo,
sin reconocer que yo
á todo me hallo dispuesto.

Su obstinada negativa
mi amor propio resintiendo,
me arrastra á vencer á usted
sin reparar en los medios,
y como estoy convencido
que vivir así no puedo,
hoy vengo á decirle á usted:
—María, yo estoy frenético.
Sin su amor de usted, la vida
me estorba. Su amor deseo
para vivir. Buenamente
puede consolar mi pecho;
mas si por su voluntad
no admite lo que la ofrezco,
usted me amará á la fuerzà.
y veremos lo que puedo.—

Mar. Debe usted no estar quejoso
de mí, pues que le tolero.
Porque mi amor, que no es mio,
por ser honrada, le niego,
me amenaza usté de un modo
que ni aun merece desprecio,
jactándose de ser jóven,
de tener sobrado mérito
para pretender mujeres;
pues bien, voy á hablarle en sério.
Usted es un miserable,
mal nacido caballero,
con capa de hombre de pró,
bajo la cual hay por cierto
un corazon corrompido
lleno de doblez, de cieno;
burlador de mujercillas,
impertinente, grosero,
orgulloso que se atreve
á amenazarme tan récio,
creyendo quizás que yo
á amenazas me doblego.
Ya he dicho que le conozco,
que le conozco, don Pedro,
y porque sé que usted es
lo que he dicho sin rodeos,
de su amenaza ruin
me burlo. Váyase luego
de mi casa, y pues lo quiere,
voy á dar órden corriendo.
por si usted no sale pronto
que le arrojen como á un perro.

D. Ped. Me insulta usted.

Mar. No; le trato
como se merece.

D. Ped. Bueno.
Guerra á muerte.

Mar. Guerra, sí.

Ped. Hablaremos.

Mar. No hablaremos.
(*Le vuelve la espalda y se vá por la puerta del pabellon.*)

ESCENA IV.

Don Pedro, *solo.*

Me vuelve la espalda? Bien!
Sabe quien soy! Mi secreto
conoce!... No puede ser...
Dice que yo... No: mintiendo
ha estado. Su amor me niega!...
Qué me importa? Sobran medios
al que cual yo nada teme,
de conseguir un objeto.
Ya sea de grado, ó por fuerza,
esto no tiene remedio;
esta mujer será mia...
Oh! se abrasa mi cerebro!
Despreciado yo! En mi orgullo!
Descubierto mi secreto
quizás... Esto no es posible.
Esta situacion tratemos,
porque mucho me conviene,
que no dure mucho tiempo.
Pero, qué partido sigo?
Adivinarlo no puedo.
Esta mujer ama á otro
sin duda... Aquí hay un misterio
que no alcanzo... Oh! sí; preciso
es descubrirlo. Si puedo,
sobornaré á los criados
y ellos me dirán... Sí; ellos
lo que pasa en esta casa
deben sin duda saberlo.
Me ocultaré... Si se enteran...
Qué importa? Qué importa el riesgo?
Resentido mi amor propio
á todo me hallo dispuesto.
(*se oculta por la izquierda.*)

ESCENA V.

María, *sola.*

Se fué; evitar es preciso
que vuelva otra vez aquí:
eso es lo mejor: así
salimos del compromiso.
Qué obstinacion! Ese hombre
no puede amarme; mentira;
ese amor en que se inspira
es por la ambicion de un nombre.
Que tienes riquezas sé,
pero adquiridas al precio
de un crimen... Oh! Mi desprecio
bien claro le demostré.
Y sin embargo... un temór
ha acongojado mi pecho
al tratarlo con despecho...
Quizás ha sido peor...
Quizás una mala accion
me comprometa... Es forzoso
ya descubrirme á mi esposo
y asi evito una traicion.
Estoy... Me siento agitada!...
Tarda mi hijo... Qué será?
Dicen que Madrid está
revuelto... Cuán asustada
me tiene!... Pero si salgo
y no le encuentro, es peor.
Aguardar será mejor.
Si le habrá pasado algo!
(*Engrudo llega bastante agitado.*)

ESCENA VI.

María *y* Engrudo.

Eng. Señorita!

Mar. Aqui otra vez?
Qué pasa? Estas alterado!

Eng. Ay! que desgracia!

Mar. Dios mio!
Qué sucede? Pronto, vamos.
Juan Palomo?...
Eng. Qué! No es eso.
Mar. Entonces, quién?
Eng. El diablo,
que se empeña en apurar
la sangre...
Mar. Pero, sepamos...
Eng. Pues no es nada! (Y que yo sea
el portador!) Es...
Mar. Temblando
estoy. Dilo de una vez.
Eng. Deje usted que eche un cigarro...
(*se registra los bolsillos.*)
Nada; como siempre. Estoy
reñido con los estancos.
Mar. Pero qué es lo que sucede?
Eng. Allá vá. Salí hace rato
de aquí; cerca de Madrid
me encontré á unos milicianos,
que si no venian huyendo,
se le parecia algo.
—A dónde vas? A la villa.
—Vuélvete atrás.—No en mis años,
que tengo mucho que hacer.
Pero por qué? Pasa algo?
—Qué está Madrid hecho un fuego.
—Cobardes!—les dije: Y vamos
á quitarnos del peligro
faltando al deber sagrado
de defender á la patria
cuando necesita amparo?—
Y no pude decir mas;
salí corriendo hecho un rayo:
llego á Madrid: Qué babel!
Qué confusion! Qué leñazos!
Viva la Constitucion!
Abajo el gobierno, abajo.—
Y al grito del que caia,
y al rugido de un sablazo,
corro calles y mas calles
hasta llegar á mi barrio.
La plaza de la Cebada
era de Agramante un campo.
Allí un herido, aquí un muerto,
este de un ballonetazo,
aquel de un tiro, qué! aquello
era peor que el dos de Mayo.
Me abro sitio entre los mios,
á la fuerza me abro paso,
arrollo á unos militares
y me agrupo á los paisanos:
pero qué, si era imposible
entenderse...—A ellos! Vamos!—
Oigo una voz que me grita,
vuelvo la cara y me hallo
con Moscardon y con otro
cuyo nombre no es del caso.
Los tres solos en seguida
armamos un zafarrancho,
y á este quiero, á este no quiero,
por nosotros quedó el campo.
Huyen por aquí los unos,
van por allí los soldados,
un coche atraviesa acá,
por allá veinte caballos,
y entre bulla y confusion
un carruaje se abre paso:
le ataca la muchedumbre,
y creyéndolo adversario,
uno... el que estaba conmigo,
le sacude un trabucazo.
—No tireis, dice una voz
de mujer. No tireis, bárbaros.—
y no sé tiró ya mas.
Mar. Pero, bien?... (*con ansiedad.*)
Eng. Es que me canso.
Por vida del estanquero,
que me tiene sin tabaco!
Mar. Pero ese coche...
Eng. (*balbuceando.*) Señora...
en ese coche un muchacho...
Mar. Oh? Comprendo! Era mi hijo...
Eng. Sí.
Mar. Pero le han hecho daño?
Eng. Casi nada, un arañon.
Mar. Oh! Y estamos tan despacio?
Pero, tú?...
Eng. Yo vine aquí...
Mar. Le dejaste abandonado!
Oh! Quiero verlo al momento.
Vamos; vamos pues: corramos.
Eng. No; si es que vine... Verá
usté porque vine...
Mar. Vamos;
acaba ya de una vez,
que la ansiedad me está ahogando.
Eng. A la voz de la mujer
del coche, nos asombramos,
y el gefe de nuestra fuerza,
es decir, de los paisanos,
que justamente habia sido
el que soltó el trabucazo,
en cuanto que se enteró
pegó un grito y dijo.—Alto!
—A socorrer á esta gente
lo primero.—Y con el garbo
que sabe un mozo valiente,
se fué al coche.—Qué ha pasado?
preguntó.—Que un niño ha sido
herido.—Casi llorando
le contestó la mujer.
Del carruaje en el acto
se sacó el niño. Qué mozo!
Vaya un valiente muchacho!
Sin chistar siquiera...
Mar. Oh!
Acaba ya.
Eng. Vamos, vamos,
que la relacion es larga
y no me deja el cansancio.
(*Desde este momento ha aparecido D. Pedro por donde se ocultó y escucha lo que hablan.*)
—Quién es usted?—dijo el gefe.
—Soy el Marqués de...—No caigo
ahora...—Su casa de usted?
—Cerca de Madrid, á un palmo
de tierra; allá en una quinta...—
Por supuesto, aunque soy ganso,
yo me tragué la partida,
y dije.—Ya está el marrajo
en la plaza.—Pues al coche.—
dijo el gefe: tú, muchacho,
—me dijo á mí, llama un médico;
luego tomas un caballo,
y adelántate á la quinta
á decir lo que ha pasado.

Como se hacen estas cosas;
sin dar de pronto el sustazo,
que nosotros tras de tí,
aunque mas despacio, vamos.

MAR. Y vienen?

ENG. No lo oye usted?

(*Don Pedro atraviesa la escena diciendo.*)

D. PED. (Yo mismo al encuentro salgo.
Me servirá de pretesto
para estar aquí...) (*vase.*)

MAR. Sí; vamos
á salirles al encuentro...

ENG. No es menester. Si es el caso...
que... (Vamos, no se lo digo...)

MAR. Pero, hay mas? Dímelo claro,
no soy mujer que se asusta
porque le pase algo malo.

ENG. (Ya lo creo!)

MAR. Acaba ya.

ENG. No, si no hay mas... Es que,.. (Vamos
que no se lo digo...) Es...
que en el coche viene el guapo
que al coche de usted tiró...

MAR. El que hirió á mi hijo?

ENG. Es claro.

MAR. Pero, su intencion...

ENG. Silencio.
Ya estan aquí...

MAR. Hijo amado!
Deja que corra, hijo mio!
á estrecharlo entre mis brazos.

(Cuando María vá á salir, llegan por el foro izquierda un Médico que viene hablando con Don Pedro, un cochero y un lacayo, que con Casilda, conducen á Diego, niño como de diez años.)

ESCENA VII.

MARÍA, ENGRUDO, DON PEDRO, *un* MÉDICO, CASILDA, DIEGO, *un cochero y un lacayo*.

MAR. Hijo de mi corazon!

MÉD. Señora, por Dios.

MAR. (*reparando en D. Pedro.*) Qué es esto?
Usted aquí?

CAS. Ay! señora,
qué desgracia!

D. PED. (*á María*) (Yo aprovecho
la ocasion...)

MAR. Hijo del alma,
habla...

CAS. No puede...

MÉD. Silencio.
No conviene incomodarle.
Vamos, colocadle dentro.

D. PED. Yo ayudaré...

MAR. No es preciso.

D. PED. Ayudaré.

MAR. (Oh! Qué tormento!
Este hombre quiere perderme!)

D. PED. (Yo me vengaré.) Yo creo
que esto no es nada, doctor.

MÉD. Poca cosa. El susto...

D. PED. (*á María.*) (Luego
hablaremos. He pensado
que otra vez hablar debemos.)

MÉD. Llevadle pues, colocadle
comódamente en el lecho.
Dejadme solo con él.
Conviene por el momento...

MAR. Pero, yo...

MÉD. No; lo que es ahora
no conviene. Vamos dentro.

(*Los que traen á Diego se han marchado con el cuando el Médico lo ha dicho. Luego lo ejecuta este y D. Pedro, que al entrar lanza sobre María una mirada de triunfo.*)

ESCENA VIII.

MARÍA y ENGRUDO.

ENG. (Pues, señor, esto promete;
el asunto es algo sério.)

MAR. Oh! Cuán desgraciada soy!

ENG. Por qué?

MAR. No lo ves? Mi Diego...
Pero, el hombre que le hirió
no digiste...? Quiero verlo;
quiero comprender que no hubo
intencion...

(*Juan Palomo y el Ciervo han ido apareciendo por el foro derecha.*)

ESCENA IX.

Los mismos, JUAN PALOMO *y el* CIERVO.

JUAN. Lo está usted viendo.

(*María, á la voz de Juan Palomo, vuelve la cara, y reparando en él, lo reconoce.*)

MAR. Juan! (*lanzando un grito.*)

JUAN. María! (*reconociéndola.*)

ENG. (Se hundió el mundo!)

MAR. Tú?.. Usted...?

(Dice estas palabras balbuceando y sin poder dominar la sorpresa; vá retrocediendo hasta caer desmayada en el banco de piedra. Engrudo acude á socorrerla.)

JUAN. Dios mio! Qué es esto?
Su transformacion indica...

ENG. (Vamos, ya pareció aquello!)

CIERVO. Tu sabias?.. Vamos, habla.

ENG. Hombre! Yo saber? Ni esto.

ESCENA X.

Los mismos, el MÉDICO *y* D. PEDRO.

MÉD. Ya está en la cama. Por ahora
su vida no corre riesgo.
Pero, qué es lo que aquí pasa?
(*reparando en María.*)

CIERVO. Ya vé usted.

MÉD. Será un mareo.
La sorpresa...
(*Acude al lado de María y la pulsa.*)

D. PED. El mundo entero
contra mí se ha revelado.
Oh! Qué fatal contratiempo!)

JUAN. Este hombre no ha venido
con nosotros... (*al Ciervo, por D. Pedro.*)

CIERVO. No.

JUAN. Oye, Ciervo;
tú no sospechas?

CIERVO. Ay Juan!
que yo todo lo sospecho.
Vámonos de aquí.

JUAN. Imposible!

MÉD. Está grave.

JUAN. Dios del cielo!
Diez años buscándola,
y en qué estado me la encuentro!

D. Ped. Oh! No importa. Este accidente
puede hacer... Aquí me quedo.
Méd. A sacarla de este sitio.
Llame usted. (*á Engrudo.*)
Eng. (Vamos, ya entiendo;
me toma por de la casa.) (*vase.*)
Ciervo. Vámonos, Juan.
Juan. Vamos, Ciervo.
Ciervo. Te está matando la pena.
Juan. Quiero salir y no puedo.
Oh! la encuentro tan hermosa,
que estoy rabiando de celos.
Ciervo. Anda, que ya habrá lugar
de aclarar este misterio.
D. Ped. No se van. (*por Juan y el Ciervo.*)
Juan. Vámonos, sí,
vámonos. Estoy resuelto.
Grande es mi maldad, Dios mio,
pero bien se venga el cielo,
que es terrible la expiacion
y ya con tanto no puedo.
Yo habré matado á su hijo...
A su hijo! Vamos, Ciervo;
vámonos, y de Madrid
mañana mismo...
Ciervo. Eso, eso.
Juan. La desgracia me persigue,
no doy un paso certero.
Sangre mis manos entintan
á cada paso que muevo.
Es que estoy de Dios maldito.
Pues bien, busquemos remedio.
Es irrevocable el fallo.
Sí, sí, de Madrid saldremos.
En el retiro, quizás
mi pena hallará consuelo.
(*Vanse por el foro derecha; Engrudo que ha salido con los criados, repara en ellos.*)
Eng. (Qué, se van? Y yo? Tambien.
No, no, lo que es yo me quedo.)
(*Los criados cojen á María, como para conducirla.*)
Méd. Llevadla.
D. Ped. (*Que ha estado observando todos los movimientos de los circunstantes.*)
(Aquí pasa algo.
Esos hombres... No hay remedio.
Yo me vengaré de ella
y sabré quiénes son ellos.)

FIN DEL ACTO II.

ACTO III.

Amor y crímenes.

La misma decoracion del acto anterior; va oscureciendo.

ESCENA PRIMERA.

María y Engrudo.

Eng. Y cómo está el niño?
Mar. Sigue
algo mejor.
Eng. Pues me alegro.
Mar. Y Juan?
Eng. Dispuesto á marcharse
para no volver.
Mar. No entiendo
por qué es su resolucion;
pues despues de nuestro encuentro,
parece mas natural
que tratára, esto es lo cierto,
de averiguar por qué yo
en este estado me encuentro.
Eng. El no está muy decidido;
quien le aconseja es el Ciervo.
Ya se vé! Hasta cierto punto
tiene razon...
Mar. No comprendo...
Eng. Señora, válgame Dios,
si su vida es un infierno.
Y cuidado que está Juan
desconocido de bueno.
Mar. Tu le entregaste mi carta?
Eng. En propia mano.
Mar. Eso, eso.
Cómo fué?
Eng. Estaba en su casa
hablando con él muy sério,
y en un momento oportuno
me fuí fuera; luego vuelvo
suponiendo que acababa
de llegar un mensajero
con aquel papel...
Mar. Y Juan?..
Eng. Lo tomó, lo abrió corriendo:
fijó sus ojos en él;
luego se puso colérico;
despues se fué serenando,
y me dijo:—Llama al Ciervo.—
Lo llamé, vino y le dió
la carta de usted. Leyendo
estuvo, y luego esclamó:
Y bien: qué dices á esto?
Y el Ciervo le contestó:
Juan, si me pides consejo,
pues que tienes corazon
y eres un hombre resuelto,
debes ir, hablar con ella,
ver su disculpa; si es cierto
que es inocente, ampararla,
si no, perdonarla, y luego
separarte de su lado
para siempre...
Mar. Y él?
Eng. Un momento
estuvo, reflexionando;
luego se puso risueño
y dijo:—Tienes razon;
voy á tomar tu consejo,
iré esta noche...
Mar. Dios mio,
cuánta es mi ansiedad por verlo,
por hablarle, por decirle
cuánta es la pena que tengo,
lo desgraciada que soy...
Y sus negocios?..
Eng. Muy feos.
Mar. Pero cómo ha sido, dí,
el perder tanto dinero?
Eng. Yo no sé bien esa historia,
porque Juan todo es secreto;
pero ayer un largo rato
estuve hablándole al Ciervo,
y me contó alguna cosa...
Mar. Y qué te dijo? Habla presto.

Eng. Dice, que Juan en Sevilla
se dedicaba al comercio
de tabacos, en contratas
que tenia con el gobierno.
Que tuvo ciertos percances,
yo no sé cuantos enredos,
y vino á Madrid, y entonces
aquí consiguió un arreglo
á fuerza de relaciones,
salvando así su dinero.
Asi las cosas, dispuso
no seguir en el comercio,
viendo que en todo perdia,
y acordaron Juan y el Ciervo
el vender cuanto tenian
y á interés el caudalejo,
en poder de Tragabuches,
que era hombre de pró, pusieron.
Tragabuches, acordándose
de lo que fué, anduvo diestro,
y entabló una compañía
con un pícaro ratero,
de esos que gastan levita,
y dicen que en poco tiempo
se las tocó de Madrid,
dejando por heredero
en vida á ese señorito,
que cargó con todo; luego
se hicieron muchas pesquisas,
cuando mas tarde supieron
que Tragabuches ¡infame!
asesinado habia muerto.

Mar. Y el otro?

Eng. Toma! Un mosquito
como era el tal... Se hizo el sueco,
y dijo:—Copo.—Y salió
la cargada, y Juan y el Ciervo
se quedaron arruinados.

Mar. Y ¿cómo es que ellos pudieron
dejar impune al ladron
de su caudal?

Eng. Como que ellos
desde que se retiraron
de la vida, son tan buenos,
dicen:—Que se cumpla el sino.—
Que al fin, como todo aquello
estaba mal adquirido,
es justo, si lo perdieron.

Mar. Pero, ¿conocen sin duda
al consabido sujeto?

Eng. Es claro.

Mar Y sabes quién es?

Eng. Dicen que es un tal Don Pedro,
que antes se llamó Perico:
un tunante de los buenos.

Mar. Oh! Infame!

Eng. Usted le conoce?

Mar. Quisiera no conocerlo.

Eng. Pues, como yo dé con él,
yo que escrúpulos no tengo,
juro que ha de vomitar...

Mar. No importa, dejemos eso.
Si Juan es pobre, mejor:
yo tengo mucho dinero,
tanto, que puedo hacer ricos,
á Juan, á tí, y hasta el Ciervo.
Y la jóven?

Eng. Ahí está.
La pobre pasa sufriendo
la vida; como vé á Juan
tan triste... No, y lo que es eso...
Ella debe amarlo mucho,
segun que se vá poniendo
amarillenta, y tan flaca
que ya parece un fideo,

Mar. Pero él...

Eng. No quiero engañarme;
desde que tuvo el encuentro
con usted, no anda con ella
al corriente.

Mar. Yo me temo
que ese amor eche por tierra
todos mis planes.

Eng. Pues eso
en usted consiste. Ea,
yo me voy ya, que no quiero
que venga Juan, y me encuentre
por aquí.

Mar. Tambien voy dentro.

Eng. Que se alivie el señorito.

Mar. Gracias. A Dios.

Eng. Hasta luego.

(*Vanse Engrudo por el fondo derecha, María por el pabellon. Despues aparece Don Pedro por el fondo izquierda, y avanza, despues de cerciorarse de que no hay nadie.*)

ESCENA II.

D. Pedro, *solo.*

No hay nadie. Ayúdame, suerte,
que es ya mi dicha presunta.
Este silencio, burrunta
el silencio de la muerte.
Ama á un hombre, y tiene aquí
una cita con el hombre...
Oh! le juro, por mi nombre,
que habrá de pesarle, sí.
Todo, todo lo escuché.
Hace dos dias espio
sus pasos. No me desvio
de ella. Se lo juré,
y lo he cumplido. Su amor
me niega, cuando la adoro,
y con él pierdo su oro,
su posicion, su favor.
Está decidido ya.
Si el hombre á quien ella ama
se entera que yo... Se llama
Juan Palomo... ¿Quién será?
No sé por qué el corazon
tiembla al escuchar su nombre...
Oh! Yo conozco á ese hombre
por fuerza... Sí; aquel ladron
á quien quité su caudal,
cuando yo le asesinaba,
á Juan Palomo nombraba...
Mas, ¿qué me importa? Es igual.
Tengo las cosas de modo
que cuando juego este lance,
no hay que temer á un percance
sino atropellar por todo.
¿Estará mi gente? A ver.

(*Saca un pito y silva suavemente.*)

ESCENA III.

El mismo, y El Jabali.

Jab. ¿Qué se ofrece?

Ped. A preparar.

Con sigilo á vigilar...

JAB. Bien...

PED. No hay tiempo que perder. *(vase el Jabalí.)*
Se cumplirán mis desvelos.
Sí, saldré de esta agonía...
Oh! Yo te haré ver, María,
á lo que arrastran mis celos.
Ocultémonos. La hora
es de la cita... Escuchemos,
y con prudencia esperemos,
que pues la suerte traidora
asi lo quiere, será;
ella sucumba á mi amor,
y él, como un vil salteador
á mi manos morirá.

(Vuelve á ocultarse por donde mismo apareció. Hasta que vuelve á figurar en escena, no dejará de aparecer de vez en cuando por el mismo sitio, observando y retirándose. Aparece por el fondo derecha Juan Palomo y el Ciervo.)

ESCENA IV.

JUAN PALOMO *y* EL CIERVO.

CIERVO. Pues lo que es aquí no veo...

JUAN. A mi me pareció ver...

CIERVO. Eso es que te hace perder
la cabeza, tu deseo.

JUAN. Tú crees?

CIERVO. Que amas á María,
de su conducta á pesar,
que la quisieras hallar
tan pura como es el dia.
Y en ello nada hay estraño...

JUAN. Mas la otra...

CIERVO. Amor que nacia,
sino se cura en un dia,
se cura al cabo en un año.

JUAN. Pobre niña!

CIERVO. Y es verdad
que ella te quiere deveras...

JUAN. Ciervo, la pasion primera.
no se refrena á su edad.
Yo por su pasion vivia,
ya en mi mujer no pensaba,
yo cuando en su amor soñaba
vengo á encontrar á María.
Y lo que mi pecho siente
es, que me impone el deber
respetar á mi mujer
sea criminal ó inocente.
Vivir de ella separado,
ó vivir tengo con ella,
de todos modos, mi estrella
á Magdalena ha llegado.
Que dó quier pongo mi amor,
dó quiera pongo mi mano,
vá el infortunio tirano,
el esterminio, el horror.

CIERVO. Pues no hay que pensar en ese
á cumplir con el destino.
Si asi piensas, imagino...

JUAN. Que estoy loco, lo confieso.

CIERVO. Ea, deja esa tontería;
á pensar en lo que hacemos,
para que fijos marchemos.
Hoy vas á hablar á María;
si no te faltó, con ella
será preciso vivir,
si nó, forzoso es partir
muy lejos...

JUAN. Tal es mi estrella.

CIERVO. Y, ¿qué se ha de hacer? La suerte
lo ha dispuesto, y es forzoso
que busquemos el reposo
hasta qúe venga la muerte.
Conque lo que es yo, ya sabes,
afuera luego me voy,
y por el camino estoy
esperando hasta que acabes.
Hasta luego.

JUAN. Ciervo, á Dios.

CIERVO. El haga que tengas calma.

JUAN. Quién sabe, Ciervo del alma,
qué será al fin de los dos.
(vase el Ciervo, foro derecha.)

ESCENA V.

JUAN PALOMO *solo*.

Oh! cuál brilla la luna!
Así tambien brillaba
allá en Sierra Morena
donde perdí mi calma!
Entonces era niño,
á vivir empezaba,
sin conocer del mundo
la lucha temeraria.
Yo andaba por la sierra;
cuál tigre devoraba
la presa que á mis manos
echaba la desgracia.
En las iras del cielo
no pensé, que á pensarlas,
no fuera lo que he sido
y ni mis penas tantas.
Entonces de una madre
el amor me alhagaba,
y los remordimientos
á mí no me inquietaban.
Qué feliz me sentia,
y hoy, cuánta es mi desgracia!
María!.. Sí, María,
tambien tú acariciabas
al mísero bandido
que por la sierra andaba
Fugaz pasó aquel tiempo.
Quise salvar mi alma,
y desde entonces, penas,
tan solo penas halla
el corazon, que el pecho
me destroza y me mata
Así en la tierra, es claro,
los crímenes se pagan.
Hoy ya no tengo aliento:
aquel recuerdo embarga
mi cerebro, y la vida
se me hace tan pesada.
Noche de luna, vuelve
al corazon la calma,
la paz que él ha perdido.
la dicha que le falta.
Es tarde, y ya la hora
de la cita se pasa...
Si nó viene!.. Imposible.
es ella quien me llama.
Dice que su inocencia..

Su inocencia!.. Dios haga
que pruebas tenga tales,
que convencido salga.
Alguien viene.. Si es ella,
Dios mio, dadme calma,
que ya tantas fatigas
no puedo soportarlas.

ESCENA VI.

JUAN PALOMO, MARÍA, DON PEDRO *oculto.*

JUAN. María! (*vá hácia ella y se contiene.*)
Señora!
MAR. Juan!
PED. (Están juntos! Desde aquí...)
JUAN. (Qué es lo que pasa por mí?)
MAR. Oh! Calma, calma ese afan.
JUAN. Vengo, señora, atendiendo
á que es forzoso saber,
qué ha sido de una mujer
por quien he estado sufriendo.
Y no á demandarle amor,
que amor mi pecho no siente,
ni tiene celos, ni miente
demostrando ahora furor.
Que está el corazon helado,
su vivir es un delirio,
y tanto, y tanto martirio
ya lo han desimpresionado.
Vengo, pues, á concluir
de una vez con una historia
que trastorna mi memoria.
Ya la puede usted decir.
MAR. Juan, cuán desgraciada soy:
JUAN. Desgracias! Válgame Dios!
Cuál será mas de los dos?
Vamos, hable usté, ó me voy.
MAR. Desgraciada, sí, que amando
diez años viví y sufriendo,
diez años triste muriendo...
siempre muriendo y llorando.
A tí, Juan, no se te alcanza
cómo sufriendo moria,
mas lo cierto es, que vivia
solo en pos de una esperanza.
Ella mi mente embargaba,
ella mi pecho abatido,
en mi vivir afligido
tan solo me consolaba.
La esperanza de encontrarte,
de reposar en tus brazos,
y unidos con fuertes lazos
ser amada y adorarte.
Y te hallé, pero de un modo
que es imposible mi dicha,
te hallé para mi desdicha,
pues lo has olvidado todo.
Has olvidado tu amor,
aquellos dias de gloria,
que al recordar mi memoria
aumentan mas mi dolor.
JUAN. Le repito á usted, María,
que á hablar de eso no he venido.
MAR. Mas, Juan, eres mi marido.
JUAN. Es verdad, ya lo sabia;
y eso mis quejas abona;
marido que adora fiel
y á quien con daño cruel
se le finge y abandona.
Hable usted, señora; vea
que arde el corazan por dentro.
Ya que resuelto me encuentro
á escucharla, pronto sea.
MAR. Mi historia es triste.
JUAN. Tristeza
tambien es la vida mia.
MAR. Ay!
JUAN. Acabemos, María,
que se abrasa mi cabeza.
MAR. Oye pues. Una mañana...
oh! qué mañana tan pura!
gozando yo la ventura
de una ilusion soberana,
al brillo de puro albor,
á la primer claridad,
presa de alguna ansiedad
yo miraba á mi alredor.
Un lecho allí se encontraba
que yo contemplaba loca,
aspirando de la boca,
de una niña que allí estaba,
el puro y ligero aliento
que daba vida á mi vida.
JUAN. Esa mañana, perdida
fué mi vida en un momento.
MAR. Es verdad. Un hombre habia,
que abusando de mi esposo,
mas de una vez sin rebozo
confesó que me queria.
Por no darte desazon
desprecié aquel devaneo,
y olvidando su deseo,
Juan, callé por compasion.
Que si te digo su anhelo,
tú que me adorabas fiel,
hicieras, seguro, de él
la víctima de tu celo.
Aquel dia apareció
en mi cuarto, llamó, abrí,
que yo te esperaba á ti:
mas como una fiera entró.
Agudo puñal brillaba
en su mano ennegrecida,
amenazando la vida
de la niña que allí estaba.
Yo no me atreví á gritar,
oh! tu razon no me riña;
pude, callando, mi niña
por aquella vez salvar.
Lloré, supliqué; furioso,
mientras mas le suplicaba,
mucho mas me amenazaba
de llevarme codicioso.
Cogió á la niña y salió,
yo le seguí por salvarla,
que no pude abandonarla,
pero no me la entregó.
A poco un hombre imprudente
que tambien me perseguia,
se apareció; que agonía!
Uno y otro intransigente,
sin atender á mi ruego,
á paraje me llevaron,
donde, ay triste, me encerraron,
pero sola, sola, Diego.
Mi hija desapareció,

y aquel hombre en su locura,
mi funesta desventura
sin reflexionar causó.
Pero á su amor resistí;
juré vengarme, y lo hiciera,
si recobrar no quisiera
á tu hija que perdí.
Pasó tiempo, y esperé;
él se amoldó á su destino,
y yo abriéndole camino
de nuevo le provoqué.
En Francia estábamos ya;
oh! permite que me aflija:
yo le pedia mi hija,
mas no me la daba, ah!
Al separarme de tí,
en mi desgracia cruel,
en medio de tanta hiel
madre otra vez me sentí.
Y madre fuí por mi mal,
y aquel hombre tan tirano,
ofreciéndome su mano,
su título, su caudal,
prohijar al hijo querido,
mirarme como á una hermana:
en lucha tan sobrehumana
mostrándose arrepentido,
me hizo concebir un plan
que coordiné, y en seguida
con una falsa partida
acepté su mano, Juan.
Cambié de nombre aquel dia;
él su nombre á mi hijo dió...
Desde entonces me trató
con la doblez que sentia.
Pero era tarde: en mi mano
su título estaba ya.
su nombre, y entonces, ah!
con arrojo sobrehumano,
una noche, por su mal,
dándole crudo beleño,
aprovechando su sueño,
clavé en su pecho un puñal.

JUAN. Y le mataste!
MAR. Yo; sí.
JUAN. Un crimen mas!
MAR. Uno, y ciento.
Lo hice por tí.
JUAN. Qué tormento!
Cuán desgraciado nací!
Sigue.
MAR. Grité; y el cuitado,
por su pasado afligido,
declaró haber sido herido
por la mano de un criado.
Su luto, hipócrita, oh!
guardé; despues vine aquí,
y todo este tiempo, sí,
buscándote he estado yo.
Ahora bien; qué quieres mas?
Ahí tienes al ser que adoro,
llevátelo, yo lo imploro,
y luego muerte me das.
JUAN. Pero las pruebas... Tu nombre
supuesto... Todo está oscuro...
MAR. Oh! no, no; yo te lo juro.
Todo lo aclaró aquel hombre
antes de morir. Aquí
(*presentándole una carta que saca del pecho.*)
escrito con sangre está.
Lee, lee...
JUAN. Deja...
MAR. Ya
lo comprendo todo. A tí
no te conviene; otro amor,
ya sé, roba mi alegría...
JUAN. María! Por Dios, María,
duélete de mi dolor.
No es eso; es que mi cabeza
se confunde; que no acierto...
MAR. La última razon de un muerto
cuándo á arrepentirse empieza...
JUAN. Pero ese niño?
MAR. No argullo
mas, con quien así mintiendo
viene, pesares fingiendo;
pero, Juan, es hijo tuyo.
Su edad lo demuestra bien,
su partida de bautismo.
su rostro, su rostro mismo
claro lo muestra tambien.
JUAN. Y se llama?
MAR. Algun sosiego
queriendo darme aquel hombre,
me consintió que tu nombre...
JUAN. De modo?
MAR. Se llama Diego.
JUAN. Y ése papel?
MAR. Mira, Juan.
JUAN. Oh! No puede ser!.. Me olvido...
MAR. Léelo, yo te lo pido:
eso calmará tu afan.
JUAN. Está bien. Leeré. Dios mio!
el crímen me hizo perder
una vez á mi mujer,
y él me la devuelve impío!
(*Leyendo.*) «María; yo te perdí;
yo robé al pecho tu calma.
Ciego emponzoñé tu alma
por el amor que sentí.
Puro conservé tu honor
á pesar de mi amor ciego;
de él en recompensa, á Diego
le dí mi nombre y mi amor.
Vengando mi desvario,
tú acabastes con mi vida:
venganza tan merecida
harto llora el pecho mio.
A pesar de ella, perdon
te pido en mi desconsuelo,
y á Dios rogaré en el cielo
que te dé su bendicion.
Si alguna vez á tu esposo
vieres, mi perdon reclama;
pura vas, si es que aun te ama,
puedes hacerlo dichoso.
Es aun mayor mi querella
cuando muero, que te aflija,
el no entregarte á tu hija,
pero nada sé de ella.
Puse tu honor en un tris
y pago mi alevosía,
Dios nos perdone, María.
Tuyo:—El Marques de Solis.»
Oh!
MAR. Juan, lo ves?
JUAN. Sí, María.
Júrame por ese niño,

que es verdadero cariño
que me tienes todavía.
Que aun pidiendo á Dios perdon
de todos nuestros deslices,
podemos vivir felices.

MAR. (*cayendo en sus brazos.*)
Ay, Juan de mi corazon!

JUAN. Oh! Deja que á Diego vea
con paternal regocijo.

MAR. Abrázalo, sí; es tu hijo.

JUAN. Voy pues...

MAR. Pero que no lea
en tu emocion el placer,
porque una imprudencia mata
nuestro plan, y desbarata
de un momento nuestro ser.

JUAN. Es verdad; por conservarle,
mal que me pese, un renombre,
no puedo darle mi nombre...
Sí, sí, es preciso ocultarle...
Tal es la suerte, María,
te encuentro, y pesar profundo,
tengo que ocultarle al mundo
por el pronto, que eres mia.
Voy pues.

MAR. Vé á besarlo, sí;
mas calma por un momento
tu paternal sentimiento.
Anda, yo te espero aquí.
(*Juan entra por el pabellon; D. Pedro, que ha reparado la ausencia de Juan, atraviesa la escena por el fondo, y vuelve con Jabalí y dos bandidos.*)

ESCENA VII.

MARÍA, D. PEDRO, *el* JABALÍ *y dos bandidos.*

MAR. Oh! Me siento tan dichosa,
que casi á creer no acierto...
Juan de mi vida! Su amor
vuelve la quietud al pecho.
Hijo: ya tienes un padre;
qué feliz me considero!

D. PED. (*bajando.*) Ahí la teneis. A ella.
(*Dice esto á media voz. El Jabalí y los bandidos sujetan á María por la espalda, atándola y luchando con ella, hasta colocarle un pañuelo en la boca, que le impide hablar.*)

MAR. Oh! traicion... Juan!.. oh!..

D. PED. (*Muy bajo.*) Silencio.

MAR. Infame!

D. PED. Lo ves, María?
Ya eres mia. He estado oyendo
todo, oculto. Me he vengado
al cabo de tus desprecios.
Echame ahora de tu casa.
Oh! y me vengo en el momento
que mas feliz te creias.
Llevadla. (*A los bandidos que luchan con ella, hasta llevársela.*) Vamos; el tiempo
es precioso. Vamos pronto.
Mientras al marido espero,
tú conmigo, Jabalí;
le sujetas, mientra el pecho
le atraviesa mi puñal.

(El Jabalí se coloca junto á la puerta del pabellon, recatándose todo lo posible para no ser visto por Juan Palomo. Al salir este, le deja pasar un poco para cojerle de espaldas y sujetarle los brazos, dando así lugar á que Don Pedro le hiera el pecho con un puñal.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO, *el* JABALÍ, JUAN PALOMO. *Despues el* CIERVO *mas tarde* ENGRUDO.

D. PED. Ya está aquí. (*lo hiere.*)

JUAN. Dios mio! Qué es esto!

D. PED. Toma.

JUAN. Jesus! (*Cayendo.*)

D. PED. Ahora, ven
por tu mujer; yo la tengo;
tu mujer y tu caudal.
Sí; yo fuí el hombre perverso
que tambien te lo robó.
Todos somos bandoleros;
tú lo fuistes en cuadrilla,
yo lo soy con menos riesgo.

EL CIERVO. (*apareciendo, y al oir los últimos versos terminando la situacion, apunta con su trabuco á D. Pedro.*) Y yo te voy á moler
de un trabucazo los huesos.
Al suelo y prevente.
(*Como el Cierro al llegar, solo se ha fijado en D. Pedro, ha dado tiempo mientras ha dicho los versos anteriores, á que el Jabalí se le haya echado encima por la espalda, cortándole la accion.*)

D. PED. A él.

JABALÍ. (*Acomete tambien al Cierro, el que luchando con ellos pugna por desembarazarse.*)

CIERVO. Demonio! Infierno!
Que me han cogido la accion!
(*Sigue luchando, hasta que se presenta Engrudo apuntando tambien con su trabuco; pero al verlo, D. Pedro y el Jabalí, sueltan al Cierro y huyen precipitadamente.*)

ENG. Aquí estoy yo. Mas, qué veo?
Infames! Se han escapado!
(*Dispara su trabuco con direccion al camino que han tomado los que huyeron.*)
Uno cayó.

CIERVO. Por los cielos!
Cojerme así, de improviso!

ENG. Si tú no estas para eso.
Pero qué ha pasado aquí?
Y Juan?

CIERVO. Míralo en el suelo.

ENG. Jesus! (Yo me vuelvo loco.)
Mi capitan.
(*Yendo los dos hácia donde está Juan.*)

CIERVO. Está muerto!

ENG. Qué siempre llegue yo tarde!
Juan!... Juan!... Que lo ampare
el cielo.
(*Al recojerlo los dos, cae precipitadamente el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

Virtud y deprabacion.

Interior de un meson: chimenea con campana grande á la derecha: alguna leña ardiendo bajo la misma. Puertas al foro y á la izquierda. Moviliario rústico. Aparecen sentados junto al fuego cuatro bandidos. Cerca de ellos, de pié, Quiteria.

ESCENA PRIMERA.

QUITERIA *y los cuatro bandidos.*

BAN. 1.° Es cosa particular!
Y eso te dijo D. Pedro?
QUIT. Yo, por qué he de suponer
otra cosa?
BAN. 1.° Ya lo creo.
BAN. 2.° Le habrá sucedido algo,
y temiendo un desarreglo
entre nosotros, lo oculta.
BAN. 1.° Hombre, quizás... mas lo cierto
es, que salió el Jabalí
con él; que á Madrid se fueron,
que han estado cinco dias;
que ha vuelto solo D. Pedro,
que no nos han dado nada
y que el Jabalí no ha vuelto.
BAN. 2.° Pues oye, lo que es por mí,
si te digo lo que siento,
no sufro que se me engañe.
BAN. 1.° Y tú, qué dices á esto? (*á Quiteria.*)
QUIT. Qué quieres que yo te diga?
BAN. 1.° Toma!
QUIT. Yo en nada me meto.
Yo no hago aquí mas que obrar
segun me manda D. Pedro,
que es quien paga.
BAN. 1.° Cuando paga.
QUIT. Se aguantan los malos tiempos...
BAN. 1.° Es claro, para esperar
que luego vengan los buenos.
Pues si el Jabalí no vuelve,
Quiteria, malo vá esto.
QUIT. El parecerá si quiere,
deja que venga D. Pedro,
que yo le preguntaré.
(*se va á la puerta del foro.*)
BAN. 2.° Malo este negocio veo.
BAN. 1.° Y tan malo. Vaya en gracia!
Aquí pasamos el tiempo
esperando, y entre tanto
por ahí se gobiernan ellos.
Y aquí debe pasar algo,
que lo que es yo, no comprendo.
Don Pedro volvió hace cuatro
dias, al siguiente que ellos
se marcharon; aquí estuvo,
y aunque nada nos dijeron,
algun asunto le trajo
de interés...
QUIT. Callarse; creo
divisar cerca un ginete.
BAN. 1.° Será el Jabalí?
BAN. 2.° O Don Pedro?
QUIT. No es ninguno de los dos.
Es un mozo muy completo,
segun su facha. Se apea
del caballo.
BAN. 1.° Compañeros,
á hacer que dormimos.
QUIT. Vamos,
que ya llega.
BAN. 1.° Andar.
QUIT. Silencio.
(*Los cuatro bandidos cojen cada uno su escopeta y se retiran á un estremo aparentando dormir.*)

ESCENA II.

Los mismos y ENGRUDO.

ENG. Que Dios te libre de mal,
buena moza.
QUIT. Qué se ofrece?
ENG. Dime, niña, no merece
un buen pienso ese animal?
Que traigo una caminata...
Y luego la nieve, y el frio...
Vamos á ver, dueño mio,
hay ó no?
QUIT. No.
ENG. Andando á gata
he estado yo por llegar
donde entregarme al sosiego.
QUIT. Pues aquí tan solo hay fuego.
Si se quiere calentar....
ENG. Y ni un sitio cobijado
donde hacer la rosca?
QUIT. Nada.
ENG. Pues la broma ya es pesada.
QUIT. Es que todo está ocupado.
ENG. Todo?
QUIT. La casa es muy chica,
y estan unos arrieros...
ENG. Gente buena...
QUIT. Forasteros...
ENG. Pero, quiénes son? Esplica.
QUIT. Curioso es usted.
ENG. Lo soy.
QUIT. Pues yo mal ó bien barrunto,
mas no digo ni pregunto
dónde van, ni dónde voy.
ENG. Es que yo no vengo aquí
á humo de paja...
QUIT. No sé...
Se puede saber?
ENG. El qué?
A lo que yo vengo?
QUIT. Sí.
ENG. Pues ya se vé. Yo soy franco,
si encuentro una buena moza.
QUIT. Gracias.
ENG. Yo vengo á una cosa.
No soy pobre ni soy manco.
Ni soy tampoco un Neron,
sino un mozo...
QUIT. Que si quieres!
ENG. Para las buenas mujeres
tengo tierno el corazon.
QUIT. Empiece usted.
ENG. Sin mareo;
yo busco á unos foragidos
que andan por aquí...
QUIT. Bandidos?
Aquí, no.
ENG. Pues ya lo creo.
QUIT. Usté es de la Policia?
ENG. Lo que es yo... Soy... Te diré...
Que desde que te miré,
te estoy queriendo, alma mia.
QUIT. Es usté andaluz?
ENG. Razon
te sobra.
QUIT. De dónde?
ENG. Calle!
Donde á la Virgen del Valle

se le dá veneracion.
BAN. 1.° (Qué dice? Oigamos.)
ENG. Mi vida,
conque, entramos en belenes?
QUIT. Esplique usted...
ENG. Tu te avienes
con esto? (*sacando un bolsillo lleno de onzas de oro y dándole una.*)
QUIT. Buena comida!
ENG. Hay pienso?
QUIT. Pues no ha de haber!
ENG. Pues voy á entrar el caballo.
QUIT. Hable usted bajo.
ENG. Ya callo...
(Es una buena mujer!) (*se va foro.*)
BAN 1.° Qué es eso?
QUIT. No lo has oido?
BAN. 1.° Qué querrá?
QUIT. Ya lo veremos.
BAN. 1.° Trae plata?
QUIT. Sí.
BAN. 1.° Observaremos.
QUIT. Que vuelve.
BAN. 1.° Ya estoy dormido.
ENG. (*que entra.*) Conque; me puedo sentar,
mi reina?
QUIT. Digo!
ENG. Al avio. (*se sienta.*)
Dígame usté, dueño mio,
si aquí podemos hablar.
QUIT. Quién se opone?
ENG. No lo entiendo.
Esa gente... puede oir...
QUIT. Qué! No hacen mas que dormir.
ENG. Dormir, eh? (Ya voy cayendo.)
Bueno; lo mismo me dá.
A tí te gusta el dinero?
QUIT. Y á quién no? Es un caballero
que gusta á todos.
ENG. Pues ya,
Toma. (*Le dá otra onza.*)
QUIT. Para mí?
ENG. Respeto
te causa?
QUIT. Sí.
ENG. Es poca cosa.
Vamos, serás tú una mosa
para guardar un secreto?
QUIT. Veamos.
ENG. Empezaré
por decirte... Es cosa cierta;
que al entrar por esa puerta
de tus ojos me prendé.
Que yo no soy ningun tonto;
que tengo plata y... A ver,
dime tú tu parecer...
QUIT. Así de pronto?
ENG. De pronto.
QUIT. Usted quiere...?
ENG. Sí.
QUIT. Lo creo,
solo porque lo asegura.
ENG. Lo que te dice este cura,
es la verdad, no es mareo.
QUIT. De modo...
ENG. Vaya otra cruz. (*le dá otra onza.*)
QUIT. Tiene usté unas cosas...
ENG. Hecho!
Yo me voy por lo derecho.
QUIT. Por el Cristo de la luz!
Su nombre de usted?
ENG. Evita
esa pregunta...
QUIT. Es el quid.
ENG. Me conocen en Madrid
ha tiempo por Luis Chapita.
Pero, hija, yo no me escudo
contigo, pues soy muy hombre...
QUIT. Bien...
ENG. Mi verdadero nombre
es...
QUIT. Dígalo usted.
ENG. Engrudo.
(*Desde que pronuncia esta palabra, empieza á observar á los bandidos, que creyendo no ser vistos, se ponen en movimiento.*)
Conqué?..
QUIT. Si usté es mozo...
ENG. Un taco
en lo bueno y el querer...
QUIT. Pues hecho.
ENG. Vamos á ver!
En esta casa hay tabaco?
QUIT. No tiene usted?
ENG. No; mi flanco
es mi memoria... Se olvida...
He estado toda mi vida
reñido con el estanco.
QUIT. Pues aquí...
ENG. (*con intencion.*) Puede que alguno.
de esos hombres... Eh! (*llamando.*)
QUIT. Sin voces.
ENG. Qué! Tú á ninguno conoces?
QUIT. A ninguno.
ENG. Ya! A ninguno.
Arrieros! Las mujeres
no conocen los bribones...
Pues yo sé que son ladrones...
(Todos los versos anteriores los ha ido marcando con intencion, y los últimos levantando la voz, y poniéndose de cara á los bandidos. Estos se levantan de golpe y se echan á la cara las escopetas, apuntando á Engrudo, que se levanta y lo hace á la vez con el trabuco.)
BAN. 1.° Date preso.
ENG. Que si quieres!
QUIT. Ay, Jesus!
BAN. 1.° Abajo.
ENG. Chillas,
porque no sabes quién soy.
Pues á decírtelo voy.
Todo el mundo de rodillas.
No? Pues me gustan sus modos!
Les voy á hacer un cariño!...
Soy Engrudo; soy un Niño
de Ecija; abajo todos.
(*Los cuatro bandidos se arrodillan aterrados.*)
BAN. 1.° Pero...
ENG. Silencio.
BAN. 2.° Es que yo...
BAN. 1.° Es que nosotros...
ENG. Callarse,
y luego podreis quejarse.
Hay quien quiera algo? (*apuntando.*)
BAN. 1.° Yo... no.
ENG. Todos aquí. (*Los bandidos se acercan con temor.*)
Fuera esa
gente. (*Por las escopetas que cada cual deja en un lado.*) Yo soy vuestro amigo.

Escuchar lo que les digo
que á todos les interesa.
Ustedes son...

BAN. 1.° Qué!

ENG. Ladrones;
ovejas descarriadas
por el mundo, desmandadas
cada cual por sus razones.
Pero, ladrones sin fuero,
en esto soy yo muy ducho;
ustedes trabajan mucho
y otro se lleva el dinero.

BAN. 1.° Es verdad.

ENG. Y eso es razon?

BAN. 2.° No lo es.

ENG. Y seguir así
os conviene?

BAN. 1.° Que no.

ENG. Aquí
se os presenta la ocasion.
Yo vengo á echarme á la vida
y necesito de gente;
quieren ustedes que al frente
me ponga de la partida?

BAN. 1.° De modo...

ENG. Sin vacilar
se responde.

BAN. 1.° Es que hay un hombre
que manda aquí.

ENG. A ver su nombre.

BAN. 1.° Jabalí.

ENG. No ha de mandar.

BAN. 1.° Si viene...

ENG. No ha de venir.

BAN. 1.° Pues cómo?...

ENG. Era un malvado,
y al fin yo lo he despachado.

BAN. 1.° Murió?

ENG. Yó lo ví morir.

BAN. 1.° Pero otro nos causa escama;
nos manda, y es poderoso.

ENG. Cómo se llama ese mozo?

BAN. 1.° Don Pedro de Arias se llama.

ENG. Pues á ese vengo buscando,
y de ustedes necesito.
Para abrir el apetito
vayan ustedes contando.
(*Reparte con profusion dinero entre los cuatro bandidos.*)

BAN. 1.° Cuánto oro!

ENG. Tengo yo un plan
que habrá dinero de sobra.
De lo que robeis, no cobra
nada el nuevo capitan.
Hecho el pacto?

BAN. 1.° Convenido.

QUIT. Este es un mozo rumboso!

BAN. 1.° Viva el capitan!

BAN. 2.° Qué mozo!

ENG. Quietos, que no he concluido.
Lo primero que hay que hacer
para el negocio empezar,
es llegar á averiguar
dónde se halla una mujer.

QUIT. (Cielos!)

ENG. Don Pedro robarla
de Madrid ha conseguido.

BAN. 1.° No sabemos...

ENG. Escondido
la habrá. Vamos a buscarla.
Jurarme que no sabeis...

BAN. 1.° Yo juro...

BAN. 2.° Y yo...

ENG. (*á Quiteria.*) Y tú tampoco?

QUIT. Yo no...

ENG. Pues me vuelvo loco
ó la encuentro... Ya vereis
como la hallamos.

BAN. 1.° La cueva
es forzoso registrar.
Allí se debe encontrar.

QUIT. (Respiro.)

ENG. Hagamos la prueba.
Yo os daré mas que robar
es posible en todo un año,
si me la encontrais sin daño.
Vamos, vamos á buscar.
Y entended; ni por asomo
la ofenda nadie; á saber.
que esa mujer es mujer...

BAN. 1.° De usted?

ENG. No; de Juan Palomo.

BAN. 1.° Del famoso capitan
de los Niños?

ENG. Sí, del mismo.

BAN. 1.° Sacramento del bautismo!
A buscarla con afan.

ENG. Vamos. Tú, moza bonita,
no digas, por Jesucristo,
que en toda tu vida has visto
á Engrudo ni á Luis Chapita.
(*Vanse por el foro.*)

ESCENA III.

QUITERIA *sola.*

Ay! Dios mio! Yo estoy muerta!
Si descubren que en mi casa
está don Pedro, con esa
señora que ellos buscaban...
Y quién se atreve á decirles?..
Qué! Si se enteran, me matan,
que el señor Engrudo, es
un mozo con mucha alma.
Válgame Santa Quiteria:
Qué compromiso! Mal haya
hasta la hora en que yo
esto consentí en mi casa!
Ya se vé, está una tan pobre,
que hace cuanto se le manda,
solo por tomar dinero:
pero qué, en una semana
no me dá á ganar don Pedro,
lo que con este se gana.
Y vaya si me ha flechado!
Qué! Si tiene mucha gracia;
y un rumbo... Pero, está claro,
es andaluz, y esto basta.
Qué hago? Avisar á D. Pedro
es lo prudente; que salga
con la señora, y muy lejos
á estar seguro se vaya.
Así no me comprometo,
porque así nada se aclara.
(*Llega á la puerta de la izquierda y llama.*)
Salga usted.
(*D. Pedro abre con llave: sale y vuelve á cerrar.*)

ESCENA IV.

La misma y D. Pedro

D. Ped. Nada me digas
porque todo lo he escuchado.
Quit. Y ella?
D. Ped. Tambien.
Quit. Ay! Dios mio!
D. Ped. No temas; está en mis manos.
Tú vé de esa gente infiel
á seguir todos los pasos.
Si se vuelven hácia aquí,
avisa al momento. Vamos,
que está nuestra vida en riesgo
y salvarla es necesario.
Quit. Voy. (Yo no guardo el secreto:
como los encuentre, canto.)
(Vase por el foro. Don Pedro cierra con llave dicha puerta, y coloca algunos muebles delante de la misma. Luego abre la de la izquierda.)

ESCENA V.

D. Pedro *y* María.

D. Ped. Ya podeis salir, señora.
Mar. Se fueron! Tigre inhumano!
Vienen por mí, y te resistes
á soltarme?
D. Ped. Hable usted bajo.
Considere usted, María,
que en el trance en que me hallo,
estoy decidido á todo,
y si sintiese los pasos
de esos hombres, con la vida
de usted sus pesquisas pago.
Aquí sólo hay dos caminos.
He sufrido tiempo largo.
Hace que estoy cuatro dias
á los pies de usted rogando,
por conseguir un amor
que me hace ser desgraciado.
Usted bien sabe, señora,
que á haber querido, en mis manos
he tenido el reducirla
por la fuerza; no he pensado
en ello, porque seguro
estaba, que usted al cabo
á mi amor se rendiria
comprendiendo cuanto la amo.
Ya es imposible seguir
en esta lucha; ya estamos
entre la vida y la muerte,
ó usted, mi amor coronando,
se rinde á mis exigencias,
ó yo, que perdido me hallo,
atropellando por todo
á la fuerza rompo el campo.
Mar. Pues bien; yo aseguro á usted,
que quizás mañana... acaso...
D. Ped. Necia! Engañarme pretendes...
Mar. No, don Pedro; no es engaño.
deje usted que me reponga,
que yo salga de este estado,
que vea á mi hijo, que pueda
con mi esposo hacer un pacto.
D. Ped. Con tu esposo! Miserable!
Con tu esposo! Que has hablado?
Quieres aumentar la llama
de los celos en que ardo?
Escucha; no te lo he dicho
para consolarte en algo.
Tu esposo, no lo verás
otra vez entre tus brazos:
aquella noche; la noche
en que te tendí aquel lazo,
no satisfecha mi saña,
mi venganza, le esperamos,
y al salir...
Mar. Eso es mentira.
No eres capaz de esperarlo,
porque tú eres un cobarde,
y él...
D. Ped. No te esfuerces en vano
Ya yo sé que era un valiente,
por eso busqué yo un brazo
que le sujetó.
Mar. Concluye
de una vez, tigre...
D. Ped. Y mi mano
le dió tan certero golpe,
que cayó á mis piés.
Mar. *(fuera de si.)* Malvadó!
Y eres tú quién me lo dice?
Y eres tú el hombre que ha estado
rogándome cuatro dias
que le admita como esclavo?
Y has osado á Juan Palomo,
al ser que mas idolatro
en el mundo? No te temo!
Ven, ven, cobarde, te aguardo.
Ven, que es tanto lo que te odio,
que aun viéndome en este estado,
si te atreves á llegar
te despedazan mis manos.
Ven, ven, pero no vendrás;
eres un cobarde; asco
me dá de verte tan chico
ante mí que tanto valgo.
D. Ped. María?
Mar. Qué! Te sofocas?
Asesino, hombre inhumano.
Tú sabes lo que me has dicho?
Tú sabes que me has tornado
á ser fiera de la Sierra,
á ser mujer de los campos,
á la que nació entre tigres,
á la que vivió entre malos?
Te he sufrido resignada
la esperanza alimentando
de que viniera mi Juan
á salvarme; has revelado
el secreto que te pierde;
has puesto en mi Juan tu mano,
y como eres un cobarde
y yo me siento con ánimo
de luchar contigo, ven.
ven, si te atreves; te aguardo.
Vacilas?
D. Ped. Por Dios, María!
Mar. Ya sé que no estás armado.
Ven, que si á tanto te atreves
juro que no has de contarlo.
D. Ped. María, no puedo mas;
tanto me estas insultando
que no puedo contenerme.
El tiempo se pasa rápido.
Van á venir. De una vez

responde; no hay que pensarlo
ó me sigues para siempre,
ó no respondo...

Eng. (*dentro golpeando la puerta.*) Alto, alto.
Esta puerta.

D. Ped. (*fuera de sí.*) Ya lo ves;
al fin...

Mar. (*gritando.*) Venid pronto; vamos.
socorredme, que me mata.

Eng. (*dentro.*) Voy á echar la puerta abajo.
(*Desde este momento hasta la salida de Engrudo y los demás se sienten golpes como de estar derribando la puerta.*)

D. Ped. Ah! Tú lo has querido. Ahora
que ya perdido me hallo,
no hay compasion.
(*Se agarran María y don Pedro y luchan desesperadamente hasta caer en tierra.*)

Mar. Asesino!
Socorro!...
(*Ya en este momento, Don Pedro tiene cogida á María por el pescuezo, violentándola hasta dejarla examine.*)

D. Ped. Ya estoy vengado.
Ahora yo... no... por aquí...

(Recorre toda la habitacion buscando una puerta por donde salir; llega á la de la izquierda y recordando que no tiene salida, retrocede á la chimenea, y se decide, despues de vacilar, á subir por ella como lo ejecuta rápidamente. Apenas don Pedro ha desaparecido, se desploma la puerta del foro: los que van á entrar pugnan por abrirse paso, como lo consiguen al fin.)

ESCENA VI.

María *en el suelo;* Engrudo, *el* Ciervo, Quiteria *y cuatro bandidos.*

Eng. Ay! Que perdimos el salto.

Ciervo. Esta mujer! (*reparando en María.*)

Quit. Está muerta.

Ciervo. Es María! Cielo santo!
Y Juan que vendrá ya cerca,
y que me mandó esperarlo.

Eng. Pero el pícaro... No está...
Oh! Por aquí se ha escapado.
(*Ejecuta el mismo juego escénico que anteriormente Don Pedro, hasta subir como él por la chimenea por donde desaparece.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos Engrudo.

Ciervo. Pobre Juan! Siempre su estrella!
No hay que perder tiempo. Andando.
Recojer á esa mujer
y meterla en ese cuarto.

Quit. Pobrecita! Y era hermosa
como un sol.

Ciervo. Vamos, volando,
á llevarla.

Ban. 1.º Pero, usted...

Ciervo. El que me ponga reparo...

Ban. 1.º (Si será otro de los Niños?
Cuando manda así; está claro.)
(*Los bandidos recojen á María y la conducen por la puerta izquierda, volviendo ellos despues.*)

Quit. Dice usted que Juan Palomo?...

Ciervo. Sí, que lo estoy esperando.

Quit. Qué ganas de conocerlo
tengo? Dicen que es tan guapo!

Ciervo. Sí, pues á buen tiempo llega;
para guapezas estamos.
Señor, y yo que le digo?
Cómo este golpe le largo?
El que viene con fatigas
el camino atravesando
con el afan de encontrar
á su mujer... qué fracaso!
Por supuesto, que ese Engrudo
la culpa tiene; habrá estado
pasando el tiempo en tonteras
ó echándosela de majo
con esta muchacha, y mientras
el otro, se ha aprovechado;
y viéndose ya cogido
dió un golpe á María, es claro.

Ban. 1.º Me parece que se sienten
las pisadas de un caballo.

Ciervo. Pues, hijos, resignacion
si es que aquí sucede algo.
(*Sale al encuentro de Juan Palomo, que llega; al verlo se detiene, y se lleva las manos á los ojos.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, y Juan Palomo.

Ciervo. Juan!

Juan. Llegué tarde; lo sé.

Ciervo. Que lo sabes?

Juan. Lo sospecho.

Ciervo. Juan!

Juan. Callas! Lo ves? Qué he hecho?
Dios mio!

Ciervo. Lloras? Por qué?
Mira que te están mirando;
qué dirá de tí esa gente?

Juan. Dirán que han visto á un valiente
por sus pesares llorando.
Qué me importa?

Ciervo. Qué agonía!
Cálmate un poco; descansa...

Juan. Perdida ya la esperanza,
dónde encontraré alegría?
Ciervo, ya sufrir no puedo,
que mi paciencia se acaba.
Muchos males esperaba,
mas ya á tantos tengo miedo.
Dime pues, lo que haya sido
de María... Asesinada
quizás...

Ciervo. En esta posada.

Juan. Y quién?..

Ciervo. No lo has comprendido?

Juan. Pero, cómo..?

Ciervo. Y yo lo sé?
cuando yo llegaba aquí,
venia Engrudo tras de mí,
y al verlo le pregunté;
Llega pronto.—Me responde.
Llega, que llegamos tarde,
que la mata ese cobarde.
Llama pronto.—Pero á dónde?
Entonces logré entender
y en esta puerta escuchar
una voz fuerte llamar,
que era una voz de mujer.
Llamamos, y nada, nada:

nadie á nuestra voz contesta,
nos dan por toda respuesta
alguna voz, pero ahogada.
Echamos la puerta abajo
despues de mucho llamar,
y cuando fuimos á entrar...
JUAN. Vamos: dilo sin trabajo.
CIERVO. María...
JUAN. Acaba. Por vida!...
CIERVO. Negro el rostro, destrozada
su ropa... En fin, Juan, ahogada,
se encontraba aquí tendida.
JUAN. Muerta?
CIERVO. Vas á preguntar?
JUAN. Dios mio!
CIERVO. Por de contado.
JUAN. Pero él...
CIERVO. Se habia escapado.
JUAN. Y no le hais podido hallar?
Oh! Cobardes! Ese es
vuestro afan por mí?
QUIT. (Qué enredo!)
JUAN. Tuvísteis acaso miedo,
ó ya no os causo interés?
CIERVO. Juan, si tu dolor no viera,
quizá no te respetára.
Cobarde yo! Y en mi cara
decírmelo!...
JUAN. Ciervo, espera,
y por Dios, no me hagas caso,
que de pena me sofoco.
No puedo mas, estoy loco!
QUIT. (No es para menos el paso.)
JUAN. Perdóname, si ofender
pude al amigo querido.
Ciervo, todo lo he perdido,
cómo á tí te he de perder?
CIERVO. Una mujer llora y pena
en este mundo de abrojos:
no se le secan los ojos;
y eso es de amor; Magdalena...
JUAN. Calla!
CIERVO. Tu mujer, allí
está. Ya no sufre nada.
Paga una deuda sagrada,
mira que muere por tí.
Ya que Dios en su razon
pesares dá á tu quebranto,
enjuga al menos el llanto
que destroza un corazon.
Un corazon que bebia
de tu cariño el aliento,
que muere de sufrimiento
desde que hallaste á María.
Y Dios te bendecirá,
y allá desde el alto cielo,
acaso para consuelo
su perdon te mandará.
Dios no ha querido á tu pena
darle la esposa del alma,
ve, Juan, á buscar la calma
al lado de Magdalena.
JUAN. Iré, pues lo quiere Dios.
CIERVO. El dé reposo á tu vida.
JUAN. Ya tengo la fé perdida.
CIERVO. Ella de tu vida en pos
á tu pecho tornará.
Dios tan solo el mundo rige,
y él, que todo lo dirige
calma tambien te dará.
JUAN. María! La quiero ver.
CIERVO. Y qué vas á conseguir?
Déjate de mas sufrir,
déjate de padecer.
Te estás ahogando, la herida
está por cicatrizar.
Es, que quieres acabar
ya de una vez con tu vida?
JUAN. Oh! no puedo.
CIERVO. Por mi nombre!
Otra vez llorando? Quieres
redoblar tus padeceres?
Acuérdate que eres hombre.
Acuérdate que en el cielo
hay un Dios que es infinito:
despues de tanto conflicto
él, Juan, te dará consuelo.
Acuérdate que te espera
un ángel en oracion;
ten de ese ángel compasion.
JUAN. Ay! Ciervo!
CIERVO. Me desespera!..
JUAN. Yo vine al mundo á penar,
viviendo en dolor profundo.
CIERVO. Dios para eso vino al mundo
y se hizo crucificar.
(*Juan reflexiona un momento; echa los brazos al Ciervo, y salen los dos.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO V.

Pobreza y Expiacion.

(Patio de un cortijo, cerrado por tapia al fondo, por cima de la cual se descubre una montaña espesa. Puerta con cobertizo á la izquierda, que dá entrada á la casa; otra á la derecha que comunica al pajar. Sillas rústicas, entre ellas una grande con brazos, colocada á la izquierda delante de la puerta. Al levantarse el telon, aparecen sentados á la derecha, en primer término, el Ciervo, el tio Caracoles hablando entre sí, mientras varios labriegos de ambos sexos forman grupo, entre los cuales uno canta á la guitarra.)

ESCENA PRIMERA.

EL CIERVO, *el tio* CARACOLES, LABRIEGOS.

LAB. (*Cantando.*) De las penas del mundo
la mayor pena,
es querer y que á uno
nadie lo quiera.
Quien amor siente,
ya tiene en esta vida
hecha su suerte.
CAR. Vamos, muchachos; ya es hora
de recogerse, que luego
hay mucho que madrugar
para ganarse el sustento.
(*Los labriegos se levantan, y se van retirando.*)
Hasta mañana, muchachos.
Buenas noches. Vaya, Ciervo,
conque tanto pena Juan?
CIERVO. Su mal no tiene remedio.
Han sido muchas desgracias.
CAR. Pero yo, por lo que veo,
la señorita lo quiere

con delirio, con estremo.
CIERVO. Y qué le produce á Juan
ese amor? Remordimientos
tan solamente le causa,
por mas que yo le aconsejo.
Tio Caracoles, para él
están muy malos los tiempos.
Juan, hecho á manejar mucho,
se vió un dia sin dinero.
Tropezó con su mujer
que buscaba con empeño,
y tropezó en mala hora,
pues una noche, me acuerdo,
á él dieron dos puñaladas
y á ella... Vamos, si no quiero
recordar... Calcule usted
si el asunto es para menos.
Encontrarse á su mujer,
encontrarse á su hijo Diego,
á quien Juan habia herido
poco antes sin conocerlo;
ver un poco de fortuna,
mirarse unidos con ellos,
creerse feliz, y de pronto
perder á ella y creerse muerto!
Por fortuna sus heridas
curaron en poco tiempo,
y salimos á buscar
á María; pero el perro
que se la llevó al saber
que nosotros descubierto
habíamos, sin pensarlo,
su escondido paradero,
á María asesinó
casi en el mismo momento
que llegábamos; de allí,
sin que se advirtiese, huyendo.
CAR. Pero, dice usted que Engrudo?..
CIERVO. Engrudo en su seguimiento
salió, pero, para qué?
Ni al pícaro ha descubierto,
ni de él se ha sabido más
desde que salió á cojerlo.
CAR. Y entonces, Juan?..
CIERVO. Juan entonces
llevado de mis consejos,
se retiró de aquel sitio.
Dejé dispuesto el entierro
de María, y á Madrid
nos marchamos al momento.
Al llegar nos encontramos
con otro gran contratiempo;
conque el hijo de María
de su herida habia muerto.
Calcule usted cual de Juan
seria entonce el sentimiento.
Haber perdido á María,
haber matado á su Diego,
y encontrarse á Magdalena
tambien penando y muriendo.
El se abatió, pero yo
me dije: qué nos hacemos?
Si esta muchacha se muere,
no hay ya en el mundo consuelo
para Juan.—Entonces fuí
y mandé llamar al médico.
Vió á la enferma y recetó
que sacándola del cieno
que se respira en Madrid,
se la condujese á un pueblo
de aires puros. Hablé á Juan,
y acordándose del tiempo
en que andaba por la sierra,
me dijo:—Quisiera, Ciervo,
irme al cortijo del tio
Caracoles: los recuerdos
que aquel sitio para mí
tienen, me darán consuelo.
Allí viví con mi madre,
allí á mi hermano dió el cielo
una mujer á quien yo
amé con delirio ciego.
Allí conocí á María,
allí á mi padre ví muerto,
allí á Dios pedí perdon
y allí el indulto nos dieron.
Allí está mi sino; allí
quiero que vayamos.—Bueno,
le dije: y todas las cosas
al instante disponiendo,
arreglamos el viaje
y nos vinimos.
CAR. Por cierto
que me dió tanta alegría!
Como que yo en otro otro tiempo
lo conocí... Pero, dime:
de su hermano, qué se ha hecho?
CIERVO. Quién sabe! Cuando el perdon
á todos siete nos dieron,
él se casó con Luisa.
Tomó posesion á un tiempo
del título y del caudal
de ella, y los dos se fueron,
para evitar que la gente
murmurára, al estranjero.
De allí pasaron á América,
á Juan entonce escribieron,
y él les contestó, y al cabo
de dos años ¡qué! de menos,
cortaron correspondencia
y nada á saber se ha vuelto.
por mas que se ha preguntado
del paradero de ellos.
CAR. Y dime tú: del caudal
de María, qué se ha hecho?
CIERVO. Como que murió su hijo,
unos parientes vinieron
y se cargaron con todo.
CAR. Válgame Dios, cuánto enredo!
CIERVO. La vida de Juan Palomo
es una vida de perro;
solamente él sufriria
lo mucho que está sufriendo.
CAR. Y ya se tarda esta noche.
CIERVO. Le prueba bien el paseo
á Magdalena.
CAR. La pobre
está mal...
CIERVO. Ya lo comprendo.
CAR. Con los aires de la sierra,
quizás...
CIERVO. Qué, no; lo que es eso...
Si se casáran, tal vez...
El á hacerlo está dispuesto.
CAR. Cállate, que viene.
CIERVO. Asómese usted.
CAR. (*Asomándose al foro.*) Son ellos.
(*Entran por el fondo Magdalena, apoyada en los*

brazos de Juan Palomo y Quiteria.)

ESCENA II.

Los mismos y JUAN PALOMO, MAGDALENA *y* QUITERIA.

JUAN. Buenas noches.
CIERVO. }
CAR. } Buenas noches.
CIERVO. Qué tal?
MAG. Bien, con el paseo.
JUAN. Hoy está mucho mejor.
CAR. Se conoce.
CIERVO. Me alegro.
JUAN. Quieres recogerte ya?
MAG. No, Juan, que tan bien me siento,
que aquí descansar mejor
que recogerme prefiero.
QUIT. En esta silla. (*señalando la de brazos*)
MAG. Sí, sí.
Aquí. (*La dejan colocada en la silla*)
JUAN. (Este rato aprovecho
para hablarla.)
CIERVO. Pues nosotros
entonces, vámonos dentro,
que ustedes querrán hablar.
MAG. Es igual...
JUAN. (Déjanos, Ciervo.)
QUIT. (Y Engrudo sin parecer!...
Qué será de él?)
CIERVO. Ahí dentro
te esperamos. Vamos, tio
Caracoles.
CAR. Hasta luego. (*vanse.*)

ESCENA III.

JUAN *y* MAGDALENA.

JUAN. (*sentándose cerca de Magdalena.*)
Qué noche tan hermosa!
MAG. Sí.
JUAN. Cuántas de ellas
pasé en mis mocedades
por esta sierra!
MAG. Feliz serias.
JUAN. Feliz! Nunca lo he sido,
por mi desdicha.
MAG. Pero puedes aun serlo.
Tu vida es larga.
Triste yo, que la mia
miro cual pasa.
JUAN. Si das en eso...
MAG. Ay! Juan! que esto se acaba...
Dios lo ha dispuesto!
JUAN. Pobrecilla!
MAG. Del dia
cuento las horas,
y todas las que cuento
todas me sobran.
En un momento,
cuando mas descuidada...
la muerte espero.
JUAN. Vamos; esa es manía,
tu mal no es grave...
Pronto hallarás alivio
con estos aires.
Dios quiere mucho
los ángeles.
MAG. Qué dices?
JUAN. Que tú eres uno.
Y hoy tu vida, ya es vida.
MAG. Vana quimera!
Un momento tranquilo
que Dios me deja.
Despues...
JUAN. Capricho...
MAG. Despues... Breve es la calma
del tiempo mio.
JUAN. Pues bien; ya que tranquila
te encuentro ahora,
es menester que hablemos
de muchas cosas.
MAG. Tambien lo ansío.
JUAN. Empieza tú.
MAG. Primero
tú.
JUAN. Yo he vivido
luchando en una guerra
grande, muy grande;
no conocí del mundo
mas que pesares,
vida de abrojos;
de llorar ya no tienen
llanto mis ojos.
Tú lo sabes. En medio
de estas fatigas,
una ilusion risueña
me daba vida.
Pensando en ella,
mitigar he podido
tanta tristeza.
Una vez la fortuna
en mi camino,
esta ilusion me puso
como un prodigio.
Dios le dió forma
de mujer, siendo un ángel;
mujer hermosa.
Ella tan solamente
paz á mi pecho
daba, en mitad acaso
del desconsuelo:
que ella me amaba,
cuando solo á mi lado
se consolaba.
Yo la miraba pura
y me decia:
—Su honor es su tesoro;
quién se lo quita?
Yo no soy mio,
no puedo darle ahora
mas que martirio.
Y así volaba el tiempo,
ella soñando,
y yo muerto por ella,
muerto, y penando.
Ella callaba;
yo tambien mis amores
se los negaba.
Así pasaron tantas
y tantas cosas!...
La niña en este mundo
se hallaba sola.
Yo, poco á poco,
tambien en este mundo
me miré solo.
Mas vi que ella enfermaba,
que se moria,
que acaso eran amores

los que sufria.
Yo que espiraba
y era tambien de amores,
qué hacer, si amaba?
Una noche... cual esta,
pura, tranquila,
yo me encontré con ella
de silla á silla;
y loco, ciego,
quise á tantas angustias
poner ya término.
Le hablé de mis amores
de mi desgracia;
le dije:—Dame vida
que ya me falta—
Y ella...
MAG. (*con afan.*) Dios mio!
Ella...
JUAN. Acaba.
MAG. Te adoro,
mi Juan, te dijo.
JUAN. Y luego...
MAG. (*cortada.*) De esa historia
yo no sé nada...
JUAN. Luego, con tierno afecto
los dos se amaban.
MAG. Y eran dichosos...
JUAN. Y Dios les daba vida,
vida y reposo.
Sí, porque ella muriendo
ha tiempo estaba,
y desde aquel momento
se reanimaba.
MAG. Sí; estaba buena.
Ay! Juan! Ay! Juan del alma!
JUAN. Ay! Magdalena!
(*Magdalena poseida de febril entusiasmo deja caer la cabeza en cuanto lo permite la debilidad que padece, en los brazos de Juan.*)
MAG. Ay! (*Despues de una pausa y como sintiéndose agravada en el mal que padece.*)
JUAN. Qué?
MAG. Que me siento mal.
JUAN. Eso será la emocion.
MAG. Es, Juan de mi corazon,
que si una dicha ideal
mi espíritu ha reanimado,
porque feliz me he sentido,
cuando se ha desvanecido
comprendo que me he engañado!
JUAN. Oh! Magdalena!
MAG. Ay de mí!
Ahora morir...!
JUAN. No, Dios mio!
Si tú mueres, sino impío!
qué hago en el mundo sin tí?
Oh! no es posible; mi afan
Dios verá desde ese cielo,
y alguna vez á mi anhelo
dará la ventura...
MAG. Juan!
JUAN. Quizás eso será nada.
Un mareo...
MAG. Puede ser...
JUAN. La emocion. Quizá el placer...
MAG. Me siento tan fatigada...
JUAN. Es forzoso. Esta agonía
es preciso disipar
y de una vez acabar.
Mañana, al romper el dia,
fuerza es que lazo sagrado
nos una. Cerca de aquí
hay una capilla; allí
un ermitaño encerrado
dicen que existe. Enviaré
á buscarle, y conclusion,
dándonos su bendicion,
á esta situacion pondré.
En tanto tú descansar
debes.
MAG. No, Juan, que me siento
mejor y quiero el momento,
que es precioso, aprovechar.
Un secreto hay en mi ser
que aunque me impone respeto
el decirlo, es un secreto
que se tiene que saber.
El momento ya ha llegado,
pues que te espresaste así.
Venga ese ermitaño aquí.
Cuando le haya revelado
el secreto, él me dirá
si dedo aceptar tu mano
y descubrirte el arcano.
Hazle venir.
JUAN. Sí, vendrá.
Pero ese secreto...
MAG. Es mio.
Primero la religion.
Haga yo mi confesion
y despues en Dios confio.
JUAN. Ciervo! (*llamando.*)

ESCENA IV.

Los mismos, el CIERVO, *el* TIO CARACOLES *y* QUITERIA.

CIERVO. Qué quieres?
JUAN. Preciso
es que el camino tomando,
vayas de aquí á la capilla
y digas al ermitaño
que venga, que es caso urgente.
CIERVO. Pues, qué hay?
JUAN. Haz lo que mando.
Qué te paras? Magdalena
necesita de su amparo.
Quiere confesar con él,
pues mañana nos casamos.
CIERVO. Bien, Juan, me das tanto gusto
con eso, que ya no paro
hasta verme aquí de vuelta
con ese buen ermitaño.
QUIT. (Todos se casan aquí,
y Engrudo sin venir... Vamos,
que esto es para que una loca
se vuelva.)

(Aparece en la puerta del foro D. Pedro con el mismo ropage que en el acto anterior, pero sucio y despedazado, la barba larga y marcadas en su rostro las huellas del hambre y del cansancio.)

ESCENA V.

Los mismos y D. PEDRO.

CIERVO. (*al salir.*) Qué es eso, hermano?
Qué se ofrece?
D. PED. Algun socorro

necesito. Caminando
vengo, y al llegar aquí
me he sentido tan cansado,
que á implorar la caridad
de ustedes llegué.

CIERVO. El amo
es el señor. (Me parece
este hombre mal encarado.)

CAR. Pues que Dios ampare á usted.
Tengo el cortijo ocupado
con la gente, y descansar
aquí no puede...

D. PED. Qué aciago
es mi sino. En este mundo
para el pobre no hay amparo.

JUAN. Y de dónde viene?

D. PED. Vengo
de luengas tierras.

JUAN. Y, andando?

D. PED. Los pobres así caminan.
(Qué miro? Esa cara!)
(*queriendo reconocer á Juan.*)

MAG. Vamos,
Juan, intercede por él.

D. PED. (Juan, es él! Dios me lo ha echado
en mi camino!)

JUAN. Buen viejo,
ya que otra cosa no hagamos
buena en el mundo, siquiera
la caridad...

CAR. Bien; hermano,
recójase en el pajar.

D. PED. Dios se lo pague.

CIERVO. (Estos vagos!..)
Conque, yo vuelvo. (*vase.*)
(*señalando la puerta derecha á Don Pedro.*)

CAR. Por ahí.
(*Vase Don Pedro por dicho lado, lanzando sobre Juan Palomo una mirada escudriñadora.*)

ESCENA VI.

JUAN PALOMO, MAGDALENA, *el* TIO CARACOLES *y* QUITERIA.

JUAN. Magdalena!

MAG. Juan.

JUAN. Descanso
necesitas. Mientras llegan
el Ciervo y el ermitaño,
bueno es que pases adentro.
La noche vá refrescando,
y no puede convenirte
estar aquí.

MAG. Vamos.

JUAN. Vamos.
Ayúdame tú. (*á Quiteria.*)

QUIT. Al momento.
(*Cojen cada uno de un brazo á Magdalena para conducirla.*)

MAG. Ay!

JUAN. Qué es eso?

QUIT. (Esto vá malo.
La señorita se vá
por la posta.)

MAG. Mas despacio.
No puedo.

JUAN. Qué! Estás peor?

MAG. Ay, Juan! Peor.

JUAN. (Cielo santo!
La voy á perder tambien?
Resignacion.) (*entran por la izquierda.*)

CAR. Ese estado...
Tiene tan malos papeles,
que el vivir será un milagro.
(*Entra tras ellos. Despues de un momento, sale Don Pedro con el mayor sigilo y cerciorándose de que nadie lo observa.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO *solo.*

Es él... No hay duda... Su voz...
aquella cara... Su gesto...
Aquí sin duda me trae
para vengarme el infierno.
Qué casualidad! Oh! El sino!
Yo ya del mundo, qué espero?
Arruinado, fugitivo,
por los caminos muriendo...
Soy criminal, y mi crímen
estoy pagando. Hubo un tiempo
en que el mundo yo miraba
como mio. Hoy... Bah! Durmiendo
he vivido... Fué quimera...
No soy mas que un ser perverso.
La vida! Carga pesada!
Yo con la vida no puedo.
Maté á María... Despues
de María, ya qué espero?
Desde entonces vivo errante,
de la gente vivo huyendo,
del brazo de la justicia...
Por todas partes la veo...
Su sombra es mi sombra... Y hoy
con ese hombre me encuentro
para recordar mi crímen,
para embrabecer mis celos.
Si pudiera... No saldrá.
Quién sabe! Mas tarde, luego
cuando todos se recojan,
cuando todo esté en silencio...
Probaré... No se aperciban
ahora... Por aquí... Esperemos.
(*vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

El tio CARACOLES *y* QUITERIA.

QUIT. (*Llorando.*) Ay qué dolor! Que se muere!

CAR. Quizás no.

QUIT. No está usted viendo?
Ya no le queda de vida
mas que de vivir deseos.
Qué lástima! Pobrecita!
Vea usted, cuando iban San Pedro
y San Pablo á bendecirla!
Qué desgraciadas que hemos
todas nacido.

CAR. Muchacha;
vamos, no llores.

QUIT. Si, quiero.
Que somos muy desgraciadas
las mujeres.

CAR. Sí, por cierto.
Los hombres son muy felices!

QUIT. Pues ya se vé. Juegan ellos,
y á la postre siempre ganan
mientras nosotras perdemos.

Y mire usted, yo...

CAR. Pues tu.
qué tienes?

QUIT. Pues poco tengo.
Sin acordarme de un hombre
he vivido mucho tiempo.
Y no es que yo fuera buena,
no señor; pero no es esto
del caso. Un dia ví á Engrudo,
él me echó cuatro requiebros,
me dijo unas cosas... vamos,
me entusiasmaron, me hicieron
por él perder el sentido;
así es, que cuando muy sério
Engrudo me dijo:—Envio,
es claro, yo dije:—Quiero.—
Luego se fué, le esperé,
no volvió y perdí el sosiego!

CAR. Mira, con el ermitaño
aquí se aproxima el Ciervo.
(*Aparecen por el foro el Ciervo y María en traje de religioso.*)

ESCENA IX.

Los mismos, EL CIERVO *y* MARÍA.

CIERVO. Mira, muchacha, acompaña
al padre: llévalo dentro,
y dile á Juan que aquí fuera
si algo se le ofrece, espero.
(*vanse María y Quiteria por la izquierda.*)

ESCENA X.

EL CIERVO Y EL TIO CARACOLES.

CIERVO. Cómo está la enferma?

CAR. Mal.

CIERVO. Válgame Dios!

CAR. Por momentos
se vá poniendo peor.

CIERVO. Y Juan?

CAR. Calcula.

CIERVO. Si á tiempo
se hubiera casado... vaya!
Si lo dije; si el ser bueno...

CAR. Cállate, que sale aquí.

CIERVO. Llorando!

CAR. Malo vá eso.

ESCENA XI.

Los mismos y JUAN PALOMO.

CIERVO. Juan!

JUAN. Ciervo! (*llorando.*)

CIERVO. Vamos, prudencia.

JUAN. Déjame llorar.

CIERVO. Evita...

JUAN. Es que en mi pecho se agita
el grito de mi conciencia.
Magdalena!...

CIERVO. Ya lo sé;
pero puede...

JUAN. Ya no hay medio;
eso no tiene remedio.

CIERVO. Vamos, Juan, tengamos fé.
Si te apuras...

JUAN. La razon
se me ofusca. Cuando gimen
mis ojos, miro mi crimen
y mi grande expiacion.

CIERVO. Pues, vamos, no hay que afligirse;
pecho al agua, y á vivir.

JUAN. Ciervo, si se vá á morir,
no quieres?...

CIERVO. Pero morirse
es preciso?...

JUAN. Ya lo veo;
mas yo que en ella soñaba,
yo que en su amor esperaba,
que era mi solo deseo;
yo que un porvenir risueño
en ella habia concebido,
todo lo miro perdido
cual la quimera de un sueño.
Tan malo he sido?

CIERVO. Y qué hacer?
Si es castigo, bien está;
no queda remedio ya,
mas que sufrir, padecer.

JUAN. Es que yo me arrepentí;
es que soy bueno.

CIERVO. No es caso;
para Dios diste un mal paso,
y te castiga.

JUAN. Ay de mí!
Solo otra vez!...

CIERVO. Juan, modera
tu dolor; conformidad
es preciso...

JUAN. Mi ansiedad
que es fundada considera.

CIERVO. Porque lo sé te consuelo.
No estaba, Juan, para tí.
Dios la lleva para sí
y le dá entrada en el cielo.
Cumpliste con tu deber;
la trataste como honrado.

JUAN. Juro á Dios que no he tocado
con un dedo á esa mujer.

CIERVO. Y qué hace?

JUAN. Su confesion.
Resignada á su destino,
busca de Dios el camino
en la Santa Religion.

ESCENA XII.

Los mismos, QUITERIA, *despues los labriegos.*

CIERVO. Qué traes tú?

QUIT. (*llorando.*) Yo...

JUAN. Oh! Lo comprendo.
Magdalena!... (*Corre hácia la puerta izquierda, pero el Ciervo lo detiene; Quiteria se ha ido por el fondo y vuelve á poco con los labriegos.*)

CIERVO. Juan, detente.

JUAN. Oh! Quiero verla...

CIERVO. Imprudente!

JUAN. Con verla á Dios yo no ofendo.
Quiero mirarla morir,
aspirar su último aliento.
Déjame.

CIERVO. No lo consiento.

JUAN. Ciervo, déjame salir.

CIERVO. Juan: qué vas á hacer?

JUAN. (*casi sin poder hablar de dolor.*) Dios mio!
Magdalena!

CIERVO. Dios lo manda.

JUAN. No me detengas.

CIERVO. (*dejándole paso.*) Pues anda.
JUAN. Suéltame.
(*Vá á correr hácia la puerta de la izquierda, pero al dar el primer paso, la voz de María lo detiene. Esta aparece en el dintel de la puerta.*)

ESCENA XIII.

Los mismos y MARÍA.

MAR. Detente, impío.
JUAN. Oh! Esa voz!... (*retrocediendo admirado.*)
MAR. En tu demencia,
este grito que profiero,
es el grito justiciero,
el grito de tu conciencia.
JUAN. Oh! Vete, sombra, que al verte
un mal augurio me das.
MAR. Entra pues, y encontrarás
la agonía de la muerte.
JUAN. Oh!
CIERVO. (Desgraciado!)
MAR. Me envia
el cielo...
JUAN. Mas... tú? Dios mio!
Tu voz...!
MAR. Mira...
JUAN. Desvario!
Tú, tú? Dios santo! María!
MAR. De tu huella en el camino
Dios conservó mi existencia
para aterrar tu conciencia.
Ya se cumplió tu destino.
JUAN. Pero...
MAR. Muerta me creí;
como muerta me dejaron;
dos bandidos me salvaron,
todos tus pasos seguí.
Apenas pasado un dia
de tu conyugal dolor,
en los goces de otro amor
olvidastes á María.
Pero Dios, que en su poder
y en su justicia es clemente,
que te salve me consiente
cuando te ibas á perder.
Ibas á ser criminal
otra vez...
JUAN. No te comprendo...
MAR. Ibas á casarte...
JUAN. Entiendo...
Iba á remediar un mal.
Que yo muerta te creia,
esa niña me adoraba,
y porque yo nó la amaba
loca, ciega se moria.
Y esto es crímen? No me aflija
tu acusacion...
MAR. Sí por cierto,
que el cuerpo que ahí yace muerto,
es el cuerpo de tu hija.
(*admiracion general.*)
JUAN. Justo Dios!
MAR. Oyeme, Juan.
Fingí penitente ser,
tan solo por conocer
donde llegaba tu afan.
Y vine aquí falsamente
á prestar en la agonía
de esa niña, luz que envia
Dios en su bondad potente.
Llegué, observé y á la luz
moribunda que allí estaba,
vi que en su pecho brillaba
de diamantes una cruz.
Mis ayes le preguntaron:
—Niña, esa cruz?—Me la dieron
los dos séres que murieron,
que por mis padres pasaron.
Con ella puedo encontrar
al ser que á mí ser me diera,
y si morir no quisiera
es para poderlo hallar.—
Frenética en mi ansiedad
prorumpí. —Esa cruz es mia.—
y gritando:—Madre mia!—
se elevó á la eternidad.
JUAN. Dios mio!
MAR. En tanta afliccion
dudar de Dios no es posible.
Cuando el crímen es terrible,
es terrible la expiacion.
Y es que nuestra vida está
llena de horror y de espanto,
llena de luto y de llanto.—
(*Suena por la derecha un disparo de arma de fuego.*)
JUAN. Oh! Qué es esto?
CIERVO. Qué será?
(Todos van á correr hácia la puerta de la derecha, pero se contienen al ver presentarse en ella á don Pedro herido mortalmente y con un puñal en la mano. Este primero se apoya sobre el quicio de la puerta, despues fija su atencion en Juan y en María, los reconoce, dá un paso hácia ellos, preparando el puñal como para acometerlos, pero le faltan las fuerzas y cae despues de la transicion y los versos siguientes.)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, D. PEDRO, *despues* ENGRUDO.

D. PED. María!.. Viva!.. El infierno!..
Oh! Maldicion! Ah! (*cae.*)
CIERVO. Qué ha sido?
MAR. El! (*reconociéndole.*)
JUAN. (*id.*) Infame!
MAR. Lo ha traido
su mal sino...
JUAN. Dios eterno!
Mas sangre! Mas, quién ha osado...
Quién ha matado á ese hombre!
ENG. (*apareciendo por la derecha.*)
Quien juró vengar tu nombre
y quien cumplió lo jurado.
TODOS. Engrudo!
ENG. Tarde llegué
para salvar á María.
Juré vengarla, á fé mia,
que hasta hacerlo, no paré.
La noche de la pelea,
cuando allí la asesinó,
el pícaro se escapó
por aquella chimenea.
Por la misma le seguí,
y así tres meses he estado
hasta que hoy desesperado
ya de encontrarlo, le ví.
Aquí entró; busqué ocasion
para poderlo atrapar;
me colé por el pajar
y le dí mi absolucion.

Pero usted?.. (*á María.*)
MAR. Qué hay que te asombre?
Vivo...
ENG. Y tú aquí? (*á Quiteria.*)
QUIT. Pues, qué hacer?
Te quise...
ENG. Vaya, mujer,
ven, aquí tienes á un hombre.
Pero, qué pasa hoy aquí?
QUIT. Que murió la señorita
Magdalena...
ENG. (*llorando.*) Pobrecita!
JUAN. María! (*abriéndola los brazos.*)
MAR. Juan! (*cayendo en ellos.*)
JUAN. Ven; así!
Siempre unidos! Un hogar
pobre, muy pobre me espera.
MAR. Iremos. Allí siquiera
podremos solos llorar.
Hijos mios!
JUAN. Está bien;
por nuestros hijos lloremos.
Nosotros no tardaremos
en ir con ellos tambien.
Dios es justo. Fuí ladron,
aunque á nadie asesiné;
todas mis culpas pagué,
en una eterna afliccion.
Nada tengo, no me queda
mas que un corazon helado
para llorar mi pecado;
que Dios al fin me conceda
un lecho donde morir
en un retiro escondido,
ya que el mundo no ha querido
mi pecado redimir.
La pompa del mundo vana
hace que el vicio domine,
y que el hombre no imagine
lo que le espera mañana.
Fuera vanidad mundana,
al ver nuestra contriccion,
nos dará Dios su perdon
porque yo recapacito,
que si grande fué el delito
grande ha sido la expiacion.

FIN DEL DRAMA.

PINTO: Imp. de G. Alhambra, Monjas, 8.